

Sesión 3 • Teorías Sociológicas Estructurales



En este capítulo analizamos una serie de teorías que pueden incluirse bajo la denominación «teorías sociológicas estructurales». Aunque, como veremos, existen marcadas diferencias en el modo en que estas teorías conciben la estructura, todas manifiestan preocupación por este fenómeno u oposición a él. La mayoría de ellas comparte con el funcionalismo estructural su interés por la estructura, pero analizan directamente las estructuras, sin la necesidad de analizar también las funciones de esas estructuras.

Comenzamos con el movimiento intelectual general conocido como «estructuralismo». Su carácter es fundamentalmente francés y sus raíces sociológicas se encuentran en la obra madura de Durkheim. En este capítulo analizaremos sus raíces en la lingüística así como su principal expresión en la obra de Claude Lévi-Strauss, quien, si bien era antropólogo, influyó poderosamente en muchos campos, entre ellos la sociología. Luego examinaremos de nuevo el marxismo estructural, pero esta vez como forma de estructuralismo más que como teoría neomarxista. A continuación nos ocuparemos de un movimiento reciente, el posestructuralismo, en particular tal y como se expresa en la obra del principal pensador relacionado con este enfoque, Michel Foucault. Después trataremos la sociología existencial y la teoría de sistemas, fundamentalmente porque sus orientaciones teóricas critican y se oponen radicalmente al estructuralismo y al posestructuralismo. Finalmente examinaremos algunas variantes específicamente sociológicas del estructuralismo: el enfoque estructural de Erving Goffman, la teoría estructural de Peter Blau y la teoría de redes.

1. Estructuralismo

Aunque hemos analizado el estructuralismo en varios lugares de este libro, en este capítulo examinamos el estructuralismo de un modo sistemático. ¿Qué es exactamente el estructuralismo? En términos generales, podemos definir el estructuralismo como la búsqueda de «las leyes universales e invariantes de la humanidad que operan en todos los niveles de la vida humana, tanto en los más primitivos como en los más avanzados» (Ekeh, 1982: 128).

a. Raíces en la lingüística

El estructuralismo surgió de diversos desarrollos que se produjeron en varios campos. La fuente del estructuralismo moderno y su bastión más poderoso hasta nuestros días es la lingüística. La obra de Ferdinand de Saussure (1857-1913) destaca por su importancia en el desarrollo de la lingüística estructural y, en última instancia, del estructuralismo en otros muchos campos. Nos interesa particularmente la distinción de Saussure entre *langue* y *parole*. La *langue* [lengua] constituye el sistema formal gramatical del lenguaje. Saussure y sus seguidores la describían como un sistema de elementos fónicos cuyas relaciones se rigen por determinadas leyes. Desde Saussure una gran parte de la lingüística se ha orientado hacia el descubrimiento de esas leyes. La existencia de la *langue* hace posible la *parole* [habla]. La *parole* constituye el discurso real, el modo en que los hablantes usan el lenguaje para expresarse. Aunque Saussure admite la importancia del uso subjetivo y, con frecuencia, idiosincrásico que hacen las personas del lenguaje, creía que ese uso no debía constituir la preocupación central del lingüista científico. Este científico debía centrarse en el análisis de la *langue*, el sistema formal del lenguaje, y no en los modos subjetivos en los que los actores lo usan.

La preocupación por la estructura se proyectó más allá de los confines del lenguaje para estudiar todos los sistemas de signos. Este enfoque sobre la estructura de los sistemas de signos se ha denominado «semiótica» y ha atraído a numerosos seguidores. La semiótica es más amplia que la lingüística estructural, porque abarca no sólo el lenguaje, sino también otros sistemas de signos y símbolos tales como las expresiones faciales, el lenguaje del cuerpo, los textos literarios y, de hecho, todas las formas de comunicación.

Muchos de los campos donde se ha desarrollado el estructuralismo se preocupan de una u otra manera por la comunicación. Estos incluyen el marxismo, la psiquiatría, las artes plásticas, el teatro musical, la crítica literaria, la filosofía -y el más importante para el desarrollo de una sociología estructural- la antropología, especialmente en la obra

de Claude Lévi-Strauss. Aunque pueden identificarse numerosas semejanzas en el uso del estructuralismo en estos campos diversos, también se dan entre ellos varias diferencias importantes. El estructuralismo dista mucho de ser una perspectiva unificada.

b. Estructuralismo antropológico: Claude Lévi-Strauss

Para la sociología, la obra más importante en estructuralismo la realizó Claude Lévi-Strauss en el campo de la antropología (Kurzweil llama a Lévi-Strauss «el padre del estructuralismo»). Con los años ha producido un enorme cuerpo de complejos trabajos que ha alterado drásticamente el campo de la antropología, así como otras disciplinas. La obra de Lévi-Strauss ha influido profundamente en los sociólogos estructuralistas.

Una de las razones que explican la complejidad de la obra de Lévi-Strauss es que en ella se identifican varios tipos de estructuras. El primer tipo consiste en las grandes estructuras e instituciones sociales del mundo social. A Lévi-Strauss le costó enorme trabajo negar que esas estructuras fueran, en realidad, estructuras. Aunque constituían realidades estructurales para la mayoría de antropólogos y sociólogos, Lévi-Strauss creía que ocultaban las verdaderas estructuras fundamentales de la sociedad. Este tipo conduce al segundo tipo de estructura desarrollado en la obra de Lévi-Strauss, que resulta más importante que el primero: el modelo que construye el científico social para captar la estructura fundamental de la sociedad. Pero existe un tercer tipo de estructura para Lévi-Strauss, el más importante y fundamental: la estructura de la mente humana (Leach). Los modelos del mundo social que construyen los científicos adquieren una forma semejante en las diversas sociedades debido a que, en todo el mundo, los productos humanos tienen una fuente básica idéntica: la mente humana. La estructura de la mente constituye la estructura última en la obra de Lévi-Strauss.

En cierto sentido, puede afirmarse que Lévi-Strauss simplemente extendió la obra de Saussure sobre el lenguaje a las cuestiones antropológicas, por ejemplo, a los mitos de las sociedades primitivas. Sin embargo, Lévi-Strauss fue más lejos y aplicó el estructuralismo a todas las formas de comunicación. Su principal innovación fue reconceptualizar una amplia serie de fenómenos sociales (por ejemplo, los sistemas de parentesco) como sistemas de comunicación, haciéndolos así susceptibles de análisis estructural. El intercambio de esposas, por ejemplo, puede analizarse del mismo modo que el intercambio de palabras. Ambos son intercambios sociales que pueden estudiarse utilizando la antropología estructural.

Podemos ilustrar el pensamiento de Lévi-Strauss (1967) estableciendo las semejanzas entre los sistemas lingüísticos y los sistemas de parentesco. En primer lugar, los términos utilizados para describir el parentesco, como los fonemas en el lenguaje, son unidades básicas de análisis para el estructuralista. En segundo lugar, ni los términos del parentesco, ni los fonemas tienen significado por sí mismos. Sin embargo, ambos adquieren significado sólo cuando forman parte integrante de un sistema más complejo. La estructura general del sistema confiere significado a cada una de sus partes constituyentes. En tercer lugar, Lévi-Strauss reconocía que existía una variación empírica situacional respecto de los sistemas fonéticos y de parentesco, pero incluso estas variaciones podían explicarse por el funcionamiento de ciertas leyes implícitas aunque generales. Por último, y fundamentalmente en términos de la concepción de Lévi-Strauss del estructuralismo, tanto el sistema fonético como el de parentesco constituyen productos de las estructuras de la mente. Pero no son productos de un proceso consciente. Antes bien, son productos de la estructura lógica e inconsciente de la mente. Estos sistemas, así como la estructura lógica de la mente de las que se derivan, funcionan de acuerdo con leyes generales.

Lévi-Strauss sometió los datos antropológicos al análisis estructural de un modo muy parecido al que hiciera Saussure en su análisis de los datos lingüísticos. En cambio, la mayoría de los antropólogos y sociólogos suelen aceptar los informes subjetivos que proporcionan las respuestas de los preguntados. Para Lévi-Strauss, estos informes constituyen sólo los recursos básicos para construir las estructuras fundamentales. En sus análisis de las sociedades primitivas Lévi-Strauss se esforzó por descubrir la estructura fundamental de los mitos y los sistemas de parentesco y, de hecho, de toda la sociedad.

Si bien Lévi-Strauss se centró en el estudio de las sociedades primitivas, creía que todas las sociedades, incluso las modernas, compartían una estructura fundamental similar. Se centró en las sociedades primitivas porque pensaba que en ellas se producía menos distorsión y era más fácil descubrir la estructura. En las sociedades modernas se habían desarrollado varios modelos conscientes o sistemas normativos que ocultaban la realidad estructural. Lévi-Strauss no ignoró totalmente la importancia de estos modelos. Estos sistemas normativos, junto con sus distorsiones y

desviaciones, eran productos importantes de las personas en una sociedad, pero carecían de importancia primaria porque «las normas culturales no son en sí mismas estructuras».

La mayoría de los antropólogos estudia lo que hacen y dicen las personas, pero lo que le interesaba a Lévi-Strauss eran sus productos humanos. Se esforzó por encontrar la estructura objetiva de esos productos, no sus significados subjetivos o sus orígenes en los procesos subjetivos. En su análisis de varios productos humanos los mitos, los sistemas de parentesco, etcétera. Lévi-Strauss buscó las interrelaciones entre ellos. La identificación de estas interrelaciones constituía la estructura fundamental o, al menos, una estructura. El observador creaba una estructura y, por tanto, distintos observadores podían construir diferentes estructuras. En lo tocante a este punto, es preciso subrayar dos cuestiones. En primer lugar, las estructuras son creaciones de los observadores. Y en segundo lugar, las estructuras creadas no existen en el mundo real. Como Lévi-Strauss señaló: «El término "estructura social" no tiene nada que ver con la realidad empírica, sino con los modelos que se construyen a partir de ella».

Lévi-Strauss no sólo se esforzó por identificar la estructura de una sociedad primitiva. Lo que le interesaba en realidad era la comparación entre una numerosa serie de datos disponibles sobre algunas de estas sociedades. Esperaba que estos análisis comparados permitieran la construcción de una estructura fundamental común a todas las sociedades. Si bien su objetivo era descubrir esa estructura, Lévi-Strauss evitó adoptar el punto de vista dogmático de que las estructuras eran las mismas en todos los lugares y todas las épocas. En contra de lo que piensa la mayoría de los observadores, había flexibilidad en su sistema.

Lévi-Strauss rechazaba las orientaciones tradicionales de los antropólogos. Por ejemplo, rechazaba la idea de que los mitos podían explicarse por su contenido narrativo o por sus funciones para la sociedad. Antes bien, Lévi-Strauss creía que el significado de los mitos debía buscarse en el nivel estructural de lo inconsciente. En la metodología de Lévi-Strauss para el análisis de los mitos se pueden distinguir varias fases. Primera, se examinan las variantes de un mito particular. Segunda, se aíslan los elementos temáticos básicos de estas variantes. Tercera, se identifican las pautas complejas de interconexión entre los elementos temáticos de cada variante. Cuarta, se construye «una tabla de permutaciones posibles entre estos términos». Quinta, esta misma tabla podía representar la estructura, «el objeto general de análisis que, sólo en este nivel, puede proporcionar las conexiones necesarias, el fenómeno empírico que se consideraba al principio del análisis simplemente como una combinación posible entre otras combinaciones» (Lévi-Strauss, 1963: 16). Finalmente, esta tabla o estructura permite al analista no sólo comprender el mito en general, sino también formular hipótesis sobre el significado particular de un mito dentro de una sociedad determinada.

A primera vista puede parecer que las estructuras de Lévi-Strauss son idénticas a los hechos sociales de Durkheim; ambos parecen tener una vida propia que es externa y coercitiva para el actor. Sin embargo, Lévi-Strauss no opera en el nivel societal, como lo hace Durkheim. Lévi-Strauss recibió más influencia de la obra madura de Durkheim sobre la clasificación primitiva que de la obra temprana sobre los hechos sociales. Los actores de Lévi-Strauss están constreñidos, pero no por hechos sociales. Para él, las personas están constreñidas por las estructuras de la mente.

Así, quizás la orientación de Sigmund Freud influyó más sobre Lévi-Strauss que la de Durkheim. Puede parecer que Lévi-Strauss aceptaba la idea de la psiquiatría freudiana de que los actores estaban determinados por fuerzas inconscientes. Pero aunque a Lévi-Strauss le interesaba lo inconsciente, existe una marcada diferencia entre Lévi-Strauss y Freud sobre esta cuestión. Freud concebía lo inconsciente principalmente en términos de su contenido emocional oculto; creía que los actores eran impulsados por emociones desconocidas por ellos en el nivel de la conciencia. Sin embargo, a Lévi-Strauss no le interesaban los aspectos emocionales de lo inconsciente; su preocupación por lo inconsciente se limitaba a «las estructuras lógicas y permanentes de la mente». Los actores de Lévi-Strauss estaban constreñidos no por las emociones inconscientes, sino por las estructuras lógicas e inconscientes de su mente. He aquí cómo expresó Lévi-Strauss su interés por lo inconsciente:

Si, como lo creemos nosotros, la actividad inconsciente del espíritu consiste en imponer formas a un contenido, y si esas formas son fundamentalmente las mismas para todas las mentes, antiguas y modernas, primitivas y civilizadas... es necesario y suficiente captar la estructura inconsciente que subyace a cada institución o cada costumbre para obtener un principio de interpretación válido para otras instituciones y otras costumbres, a condición, claro está, de llevar lo bastante adelante el análisis.

Por supuesto, la perspectiva de Lévi-Strauss plantea un problema común en las ciencias sociales: el de que la mente no es accesible a la observación inmediata. Esta es la razón que explica que Lévi-Strauss se centrara en los productos humanos analizados más arriba y sus interrelaciones. Su interés no eran esos productos en sí mismos, sino la información que podían ofrecernos para captar la estructura lógica de la mente. Así, sus estudios sobre la estructura del

mundo primitivo en general y sobre los sistemas de parentesco y mítico, en particular, no constituían fines en sí, sino medios para ayudarlo a comprender las estructuras mentales básicas.

En su intento de descubrir estas estructuras básicas de la mente, puede parecer que Lévi-Strauss emprendió una tarea semejante a las que se habían propuesto algunos fenomenólogos. Sin embargo, a Lévi-Strauss, al igual que a la mayoría de los estructuralistas, le disgustaba profundamente la fenomenología (y el existencialismo; véase más abajo). En su opinión, los fenomenólogos intentaban situar la conciencia subjetiva humana en el centro de las ciencias sociales. Para los estructuralistas la conciencia no era susceptible de análisis científico. Mientras los fenomenólogos se esforzaban por humanizar las ciencias sociales, los estructuralistas intentaban de forma casi autoconsciente deshumanizarlas. Su deseo era desplazar a las personas del centro de las ciencias sociales y situar en su lugar varias estructuras como la estructura lógica de la mente, el lenguaje, diversos componentes de la sociedad o la sociedad en general. Charles Lemert (1979), por ejemplo, se alegró al comprobar que las ciencias sociales se convertían en testigos de la desaparición de las personas como núcleo de sus disciplinas. En opinión de muchos estructuralistas el enfoque en las personas, especialmente en sus procesos subjetivos, retrasaba, si no impedía, el desarrollo de la ciencia social. Para ser científico, el estudio debía enfocarse sobre alguna suerte de estructura objetiva.

La orientación de Lévi-Strauss y su interés por las estructuras mentales quizás sugiere que su empresa era semejante a la del filósofo Immanuel Kant. Aunque existen entre ellos algunas semejanzas, también se puede apreciar una diferencia crucial. Como filósofo, Kant se esforzó por descubrir las categorías mentales básicas a través de la introspección, de la filosofía o de ambos métodos. Como científico social, Lévi-Strauss rechazó tales métodos y se centró en el análisis empírico de las estructuras del mundo social para arrojar luz sobre las estructuras mentales.

Así, aunque parezca que el esfuerzo de Lévi-Strauss se asemeja al de muchos otros pensadores, un análisis más profundo indica importantes diferencias entre ellos y Lévi-Strauss. De hecho, estas diferencias muestran el carácter distintivo y relevante de la contribución de Lévi-Strauss a las ciencias sociales.

Algo despiadado, Kurzweil concluye: «El estructuralismo, tal y como lo concibió originalmente Lévi-Strauss, ha muerto. Las estructuras mentales universales no han sido descubiertas y ya nadie las busca». No obstante, reconoce que Lévi-Strauss proporcionó los fundamentos a otros tipos de estructuralismo y posestructuralismo.

c. Marxismo estructural

Además del estructuralismo antropológico de Lévi-Strauss, el marxismo estructural francés, analizado en el Capítulo 4, constituye otra importante variante del estructuralismo.

En este apartado nos centramos en lo que distingue al marxismo estructural francés de otras variantes de estructuralismo, particularmente de la de Lévi-Strauss. En primer lugar, nos ocuparemos de las semejanzas entre el estructuralismo en general y el marxismo estructural, en otras palabras, en las razones por las que la obra de Althusser, Poulantzas y otros es estructuralista.

Aunque defendemos más arriba que el estructuralismo moderno comenzó con la obra de Saussure en lingüística, hay otros pensadores que afirman que sus raíces se encuentran en la obra de Karl Marx: «Al señalar Marx que no debe confundirse la estructura con las relaciones visibles y explicar su lógica oculta inauguró la tradición estructuralista moderna». Aunque el marxismo estructural y el estructuralismo comparten ambos una preocupación por las «estructuras», cada uno de ellos las conceptualiza de forma diferente.

Al menos algunos marxistas estructurales comparten con los estructuralistas su interés por el estudio de la estructura como un prerequisite del estudio de la historia. Como Maurice Godelier señaló «el estudio del funcionamiento interno de una estructura debe preceder e iluminar el estudio de su génesis y evolución». En otra obra, Godelier señaló: «La lógica interna de esos sistemas debe analizarse antes de analizar su origen». Otra idea que comparten los estructuralistas y los marxistas estructurales es que el estructuralismo debe centrarse en las estructuras, o sistemas, que se forman a partir de la interacción de las relaciones sociales. Ambas escuelas ven las estructuras como reales (aunque invisibles), si bien difieren notablemente en sus ideas sobre la naturaleza de la estructura que consideran real. Para Lévi-Strauss, la estructura real es el modelo, mientras para los marxistas estructurales es la estructura fundamental de la sociedad.

Y tal vez más importante aún es que tanto el estructuralismo como el marxismo estructural rechazan el empirismo y aceptan una preocupación por estructuras fundamentales invisibles. Godelier señaló: «lo que rechazan

tanto los estructuralistas como los marxistas son las definiciones empíricas de lo que constituye una estructura social». Godelier concluyó:

Tanto para Marx como para Lévi-Strauss una estructura no es una realidad directamente visible y por tanto directamente observable, sino un nivel de la realidad que existe más allá de los confines de las relaciones visibles entre los hombres, y cuyo funcionamiento constituye la lógica fundamental del sistema, el sistema fundamental por el que el orden aparente puede explicarse.

Godelier fue aún más lejos y afirmó que este objetivo define toda ciencia: «Lo que es visible es una realidad que esconde otra, una realidad más profunda, que se oculta, y el descubrimiento de esa realidad constituye el verdadero propósito de la cognición científica».

A pesar de las semejanzas entre el marxismo estructural y el estructuralismo, en general existen notables diferencias entre el estructuralismo (marxista y no marxista) y la corriente principal de la teoría marxista. En primer lugar, las dos escuelas utilizan lógicas diferentes. Por lo general, los marxistas adoptan el razonamiento dialéctico, mientras los estructuralistas suelen emplear la razón analítica. Los estructuralistas defienden la necesidad de realizar estudios sincrónicos; los marxistas contemplan la necesidad de realizar análisis diacrónicos; los marxistas se centran en el sujeto humano, pero los estructuralistas (marxistas o no) creen que esta preocupación no es científica (Burris). Los marxistas creen que la teoría contribuye al cambio social. El argumento de los estructuralistas es que -dada la universalidad de ciertas estructuras y la inclinación de las personas, especialmente en la sociedad moderna, a mistificar el mundo social- posibilidad de cambio político de relieve es pequeña.

Quizás la diferencia más importante entre el estructuralismo en general y el marxismo en general reside en sus niveles de análisis. En palabras de Val Burris, la diferencia se encuentra entre el reduccionismo materialista y el reduccionismo psicológico. Los marxistas suelen estudiar las estructuras de la sociedad (económica, política, ideológica), mientras los estructuralistas se preocupan por las «estructuras profundas» de la mente. Así, Marx y la mayoría de los marxistas se interesaron y se interesan por la lógica fundamental de las grandes estructuras de la sociedad capitalista. Si bien los estructuralistas analizan las grandes estructuras, suelen hacerlo no como un fin en sí mismo, sino como un medio para la comprensión del objeto último, la estructura de la mente. Algunos estructuralistas se interesan por el nivel societal y algunos marxistas por las estructuras de la mente, pero se da una diferencia básica de enfoque entre ellos.

En este contexto resulta interesante subrayar una cuestión que señaló Godelier. Como marxista estructural francés formado en el estructuralismo de Lévi-Strauss Godelier se encontraba bien situado para analizar la relación entre el marxismo estructural francés y el estructuralismo. Si bien reconocía cierto solapamiento y ciertas diferencias, Godelier abogó por una integración de ambos a fin de que su fuerza pudiera unirse y se superaran sus debilidades. Por ejemplo, en su análisis de la debilidad de la obra de Lévi-Strauss, Godelier señaló:

Lo que brilla por su ausencia es un análisis de las funciones precisas de estas formas de pensamiento, de la circulación de estas formas de ideología con otros niveles de la realidad social, y de las condiciones de su transformación... Ir más allá de una morfología estructural significa, por lo tanto, intentar explicar las formas, las funciones, los modos de articulación y las condiciones de transformación de las estructuras sociales de las sociedades particulares estudiadas por historiadores y antropólogos. Es precisamente a fin de realizar esta compleja tarea -que presupone una combinación de varios métodos teóricos- para lo que se requiere la hipótesis central de Marx de la determinación, en última instancia, de las formas y la evolución de las sociedades por las condiciones de producción y reproducción de su vida material. (Godelier)

Las afinidades fundamentales de Godelier parecen estar del lado del marxismo. Sin embargo, una auténtica integración requeriría prestar seria atención a la fuerza y a la debilidad de ambas orientaciones.

d. Barreras para su aceptación

Es difícil que el estructuralismo francés logre aceptación general en sociología (Lemert). Existen ante él barreras cuasi insuperables. David Goddard (1976) llegó a la conclusión de que el estructuralismo no sólo tiene poco que ofrecer a las preocupaciones tradicionales de la sociología, sino que supone también una enorme amenaza para sus intereses. Por ejemplo, los estructuralistas muestran escaso interés por cuestiones micro sociológicas tradicionales tales como la conciencia creativa, los actores, la acción, la conducta y la interacción. Es difícil encontrar en el estructuralismo una preocupación por el actor y por los diversos procesos que se dan en el nivel individual. Es más, el estructuralismo, salvo

en el caso del marxismo estructural francés, ni siquiera puede aplicarse a los grandes temas tradicionales de los sociólogos:

Francamente, si existieran leyes de organización estructural en las sociedades grandes y heterogéneas leyes relativas a fenómenos importantes tales como la clase, la burocracia, el poder, el cambio, el desarrollo, la solidaridad y las diversas interrelaciones entre estos fenómenos- el análisis estructural sería incapaz de proporcionar los supuestos, teorías o métodos necesarios para descubrir esas leyes. (Goddard)

Para Goddard, al igual que para otros muchos, el estructuralismo representa un ataque frontal contra muchas premisas básicas de la sociología. Goddard creía que la, adopción de un paradigma estructural tendría consecuencias fatales porque «comprometería algo que tal vez constituye su premisa fundamental... que las ideas y los símbolos se forman en su contexto material, en su propio medio social... y se abandonaría completamente la idea del materialismo sociológico que convirtió a la sociología en una disciplina distintiva» Teniendo en cuenta estos ataques, sería harto difícil que el estructuralismo francés obtuviera una aceptación general en la sociología.

2. Posestructuralismo

El estructuralismo ha representado principalmente un fenómeno francés que incluye autores como Durkheim (su obra madura), Saussure, Lévi-Strauss, ciertos marxistas estructurales como Althusser y Godelier, y otros pensadores, especialmente Jean Piaget. No obstante, el estructuralismo alcanzó su cumbre en la década de los años ochenta, y Kurzweil ha señalado que «en París, la era estructuralista está a punto de acabar». Sin embargo, el estructuralismo no ha desaparecido: ha sido superado por lo que se ha denominado el posestructuralismo (o neoestructuralismo). Lemert (1990) sitúa el origen del posestructuralismo en un discurso de 1966 de Jacques Derrida, uno de los principales pensadores relacionados con este enfoque, en el que proclamó que el estructuralismo se encontraba en transición y que comenzaba una nueva era posestructuralista. El surgimiento del posestructuralismo se debe en parte al esfuerzo del estructuralismo por distanciarse de perspectivas subjetivistas tales como el existencialismo (véase más abajo) y desarrollar así una orientación objetivista. El posestructuralismo implica un esfuerzo por extender el estructuralismo a otros campos, entre otras cosas, incorporando a su seno una amplia gama de perspectivas teóricas.

El posestructuralismo no sólo implica un cambio teórico sino también una transformación en el mundo social. El estructuralismo se centraba exclusivamente en el análisis del mundo moderno, mientras el objeto de análisis del posestructuralismo es la sociedad posmoderna. En efecto, muchos de los principales posestructuralistas están también implicados en el movimiento intelectual conocido como posmodernismo. Lemert afirma que el nacimiento del posmodernismo se produjo, al menos simbólicamente, cuando se produjo:

La muerte de la arquitectura modernista a las tres horas y treinta y dos minutos de la tarde del 15 de julio de 1972, momento en el que se destruyó el proyecto de viviendas de Pruitt-Igoe en Saint Louis... Este enorme proyecto de construcción de viviendas en Saint Louis representaba la arrogante creencia modernista de los planificadores y los arquitectos de que mediante la construcción del mayor y más grande proyecto público de viviendas se podía erradicar la pobreza y la miseria humana. Haber reconocido, y destruido, el símbolo de esa idea supuso admitir el fracaso de la arquitectura modernista y, consecuentemente, de la modernidad.

En cierto sentido, el posmodernismo representa un ataque contra la estructura, en este caso la estructura arquitectónica.

Pero el estructuralismo, el posestructuralismo y el posmodernismo comparten el interés por el lenguaje. Esto se debe en parte a sus raíces en la lingüística, particularmente en las ideas de Saussure. Su preocupación por el lenguaje incluye un ataque implícito contra el positivismo porque, como Lyotard señala «el conocimiento científico es una forma de discurso» (1984: 3). Si la ciencia es simplemente una de las muchas formas de discurso, entonces carece de un estatus privilegiado. Los defensores de estos enfoques intentan sustituir el positivismo por un nuevo enfoque del mundo social basado en el lenguaje. Crean al unísono que «el lenguaje constituye hoy necesariamente la preocupación central de todos los intentos de conocer, actuar y vivir». El mundo social se contempla como una serie de textos que deben interpretarse en relación con otros textos. Pero si el mundo social constituye poco más que una serie de textos que han de interpretarse en su interrelación, entonces ya no es posible, como intentaron positivistas y modernistas, «contemplar el mundo como algo interna y necesariamente coherente».

¿Qué significado sociológico tiene contemplar el mundo como una serie de textos? Lemert subraya cuatro cuestiones. En primer lugar, la teoría constituye una forma de discurso que produce textos. En segundo lugar, la realidad

empírica que analiza la teoría son los otros textos (entrevistas, datos censales, cintas de vídeo). En tercer lugar, el significado de los textos empíricos depende de su interpretación desde el punto de vista de los textos teóricos. Y finalmente, el estudio de los textos empíricos conduce a una mayor comprensión de otros tipos de análisis empíricos.

Estas cuestiones nos llevan a otro aspecto central del posestructuralismo (y del posmodernismo): su idea de la totalidad social. Mientras los positivistas identifican un principio organizador supremo que unifica el mundo, los posestructuralistas afirman que lo que caracteriza al mundo no es la unidad, sino la diferencia subyacente. La meta es, pues, el estudio de las diferencias más que la búsqueda de la unidad. Políticamente, esto lleva a los posestructuralistas a situarse del lado de los grupos minoritarios (por ejemplo, los negros y las mujeres) diferentes de los grupos mayoritarios.

Otra preocupación del posestructuralismo (compartida por el estructuralismo) es el descentramiento del sujeto. Esto implica un rechazo del interés por el actor, por la conciencia del actor, por la subjetividad o, en términos más generales, por el humanismo (que constituyen las preocupaciones básicas de la sociología existencial; véase más abajo). Dado el interés por los textos, esto significa que el posestructuralista se concentra en la estructura interna del texto. Se considera que el autor del texto es más o menos irrelevante. No son sus intenciones lo que cuenta, sino más bien «el juego interno de los significantes». En términos generales, esto supone que debemos centrarnos en la estructura de la sociedad y no en el papel que desempeñan los actores en la construcción de esa sociedad.

a. Las ideas de Michel Foucault

Aunque la influencia de la obra de Michel Foucault se extiende más allá de los confines de la sociología, es claro que hay sociología (o sociologías) en ella. Se trata de un cuerpo diverso de trabajo que incluye preocupaciones metodológicas, estudios empíricos específicos sobre la locura y los hospitales, la medicina y el nacimiento de la clínica, el crimen y el sistema carcelario y el sexo y el control social de la sexualidad. Es un cuerpo de trabajo relevante no sólo para la teoría sociológica, sino también para una variedad de subcampos dentro de la sociología. Además de ser muy diversa, la obra de Foucault es también densa y se presta a múltiples interpretaciones. La complejidad aumenta debido a la actitud deliberadamente elusiva del mismo Foucault: «No me preguntéis quién soy ni me pidáis que sea siempre el mismo». De hecho, Foucault no fue siempre el mismo; su obra refleja los cambios que se produjeron en la trayectoria de su carrera.

La obra de Foucault muestra diversas influencias teóricas. Esta variedad confiere atractivo a su obra y la hace difícil de analizar. Además, Foucault no adopta simplemente las ideas de otros, sino que las transforma a medida que las integra en su orientación teórica inhabitual. Así, la teoría de Weber de la racionalización constituye una influencia, pero para Foucault se encuentra sólo en ciertos «lugares clave» y no constituye una «jaula de hierro», pues siempre hay resistencia. Pueden identificarse ideas marxistas en su obra, pero nuestro autor no se limita a la economía, sino que se centra en varias instituciones. Le preocupa más la «micropolítica del poder» que el tradicional interés marxista por el poder en el nivel societal. Practica la hermenéutica a fin de comprender mejor los fenómenos sociales de que se ocupa. Además, Foucault no cree en la verdad profunda y última; hay siempre más capas que retirar. Se percibe en su obra también una influencia fenomenológica, pero Foucault rechaza la idea de un sujeto autónomo y dador de significado. Hay también un fuerte elemento de estructuralismo, pero no encontramos en su obra ningún modelo normativo formal que gobierne la conducta. Finalmente, y quizás lo más importante, Foucault adopta el interés de Nietzsche por la relación entre el poder y el conocimiento, pero analiza ese vínculo desde una perspectiva más sociológica que Nietzsche. Esta multitud de influencias teóricas constituye una de las razones por la que se considera a Foucault un posestructuralista. Como podremos apreciar en seguida, el estructuralismo influyó profundamente en la obra temprana de Foucault, pero esa influencia tiende a disminuir en su obra madura, más posestructuralista.

Foucault es un teórico que merece reconocimiento, y su obra seguirá despertando en el futuro interés y atención. En este apartado relativamente corto sólo podemos proporcionar al lector un análisis general de sus ideas, en el que estudiaremos en primer lugar su obra conceptual para luego examinar algunos de sus estudios específicos.

En su obra temprana sobre metodología, Foucault (1966) realiza una «arqueología del saber». Su objeto de estudio son los cuerpos de conocimiento, ideas y modos de discurso. Compara su arqueología del saber con la historia y la historia de las ideas, a las que considera demasiado racionales y cree que confieren excesiva continuidad a la historia del conocimiento. Alan Sheridan mantiene que la arqueología del saber de Foucault implica la búsqueda de «un conjunto de reglas de formación que determina las condiciones de posibilidad de todo lo que se dice dentro de un discurso particular y en cualquier momento dado». Apreciamos aquí claramente la influencia del estructuralismo. Esta

influencia se hace manifiesta también en el deseo de Foucault de estudiar los eventos del discurso, las expresiones habladas y escritas. Se muestra particularmente interesado por las primeras expresiones que se producen en la historia de un campo o disciplina. Su deseo es descubrir las condiciones básicas que hacen posible el discurso. La unidad de estas expresiones, el modo en que llegan a formar una ciencia o una disciplina, no procede del sujeto, sino de ciertas reglas y prácticas básicas del discurso. Concretamente, a Foucault le interesaban las prácticas discursivas fundamentales que formaban la base del discurso científico, en particular en las ciencias humanas. Foucault abandonaría más tarde este enfoque altamente estructural característico de su obra temprana en favor de una orientación posestructuralista, debido a que aquél no decía nada sobre la cuestión del poder y del vínculo entre saber y poder.

Podemos captar perfectamente la orientación posterior de Foucault en la expresión «genealogía del poder». Nuestro autor adopta claramente ideas de Nietzsche, a quien se suele considerar un filósofo del poder. A Foucault le preocupa el modo en que las personas se gobiernan a sí mismas y gobiernan a otras mediante la producción de conocimiento. Entre otras cosas, cree que el conocimiento genera poder al convertir a las personas en sujetos y al gobernarlos mediante el uso del conocimiento. Critica la jerarquización del conocimiento. Como las formas supremas de conocimiento (las ciencias) son las más poderosas, son las más susceptibles de crítica. Foucault se interesa por las técnicas, las tecnologías que se derivan del conocimiento (en especial del científico) y por el modo en que las utilizan diversas instituciones a fin de ejercer poder sobre las personas. Si bien cree que existen vínculos entre conocimiento y poder, Foucault no identifica una conspiración entre los miembros de la élite de la sociedad. Esta conspiración implicaría actores conscientes, y Foucault suele centrarse en las relaciones estructurales, especialmente entre el conocimiento y el poder. En su análisis del desarrollo de la historia Foucault no concibe un progreso desde el salvajismo primitivo hasta una humanidad moderna basada en sistemas de conocimiento más sofisticados. Foucault ve que en el transcurso de la historia se abandona un sistema de dominación (basado en el conocimiento) por otro, y así sucesivamente. Si bien esta es una perspectiva sombría, Foucault cree que el conocimiento-poder siempre genera oposición; siempre hay resistencia contra él. Foucault analiza ejemplos históricos, pero lo que le interesa fundamentalmente es el mundo moderno. Como señaló, «escribo la historia del presente».

Con estas ideas generales analicemos ahora algunas obras concretas de Foucault. En *Historia de la locura en la época clásica* (1965), Foucault practica una arqueología del saber, en particular de la psiquiatría. La obra comienza con el Renacimiento, cuando la locura y la razón no estaban separadas. Pero entre 1650 y 1800 (la época clásica) se estableció una distancia entre ellas y, en última instancia, la razón llegó a vencer a la locura. En otras palabras, Foucault describe «la ruptura del diálogo» entre la razón y la locura. Y describe así el resultado:

Aquí la razón reina en estado puro, triunfante por haber salido victoriosa frente a una enloquecida sinrazón. La locura fue así arrancada de esa libertad imaginaria que aún le permitía florecer en el horizonte del Renacimiento. No hacía mucho tiempo, se había debatido sobre ella a plena luz del día: en el Rey Lear y en Don Quijote. Pero en menos de medio siglo fue secuestrada y, en la fortaleza de su confinamiento, ligada a la Razón, a las reglas de la moralidad y a sus noches monótonas.

He aquí una clara imagen weberiana de la jaula de hierro, las «noches monótonas» que pasa el «demente» (el irracional) en una jaula de hierro construida por los que tienen razón (racionalidad).

La psicología científica del siglo XIX surgió finalmente de la separación entre el demente y el sano que se produjo en el siglo XVIII (la psiquiatría recibe la denominación de «monólogo de la razón sobre la locura»). Al principio era la medicina la que se encargaba del tratamiento físico y moral del demente, pero, más tarde, la medicina psicológica científica asumió esa tarea. «Una medicina puramente psicológica se hizo posible sólo cuando se juzgó culpable a la locura». Más tarde, señala Foucault, «lo que denominamos práctica psiquiátrica es cierta táctica moral que data de finales del siglo XVIII preservada por la vida del hospital y recubierta de los mitos del positivismo». En consecuencia, para Foucault, la psicología (y la psiquiatría) constituye una empresa moral, o un esfuerzo científico, que va contra los dementes, que son cada vez menos capaces de protegerse de esa «ayuda»: los dementes están condenados por el llamado avance científico a un «gigantesco encarcelamiento moral».

Es innecesario señalar que Foucault rechaza aquí la idea de que en el transcurso del tiempo hemos realizado avances científicos, médicos y humanitarios en el tratamiento de la locura. Lo que percibía, en cambio, era un incremento en la capacidad del sano y de sus agentes (médicos, psicólogos y psiquiatras) para oprimir y reprimir a los locos, a quienes, no debemos olvidar, se les trataba igual que a los sanos en el siglo XVII. El desarrollo más reciente consiste en que ahora estos agentes externos juzgan menos a los locos, «la locura es incesantemente llamada a juzgarse a sí misma» (Foucault). En muchos sentidos, este control internalizado es la forma más represiva de control. Es claro que

la arqueología del saber de Foucault le conduce a conclusiones harto diferentes de las de los historiadores tradicionales sobre la historia y el estatus del demente y su relación con el sano (y sus agentes). Además, Foucault estudia las raíces de las ciencias humanas (especialmente de la psicología y la psiquiatría) en la distinción entre el demente y el sano y en el ejercicio del control moral sobre el demente. Esta idea forma parte de su tesis más general sobre el papel de las ciencias humanas en el control moral de las personas.

Por lo que respecta al estructuralismo de Foucault en su obra temprana, nuestro pensador señala que la locura ocurre en dos «niveles», en «el nivel más profundo, la locura constituye una forma de discurso». En concreto, la locura, al menos en la época clásica, no implica cambios físicos o mentales; antes bien, «el lenguaje del delirio es la verdad última de la locura». Pero en esta obra hay un estructuralismo aún más profundo: «Dejemos que la cultura clásica formule, en su estructura general, la experiencia que tuvo de la locura, una experiencia que aflora con los mismos significados y en idéntico orden a su lógica interna, tanto en el orden de la especulación como en el de las instituciones, tanto en el discurso como en el decreto, en el mundo y en el lema y, de hecho, allí donde un elemento significativo puede suponer para nosotros el valor de un lenguaje».

Foucault sigue utilizando un método estructuralista en *El nacimiento de la clínica*, donde se centra en el discurso médico y su estructura fundamental: «Lo que cuenta en los pensamientos de los hombres no es tanto lo que han pensado, sino lo no pensado, que desde el comienzo del juego los sistematiza, haciéndolos para el resto del tiempo indefinidamente accesibles al lenguaje y abiertos a la tarea de transformarlos».

En la Historia de la locura es la época clásica, la medicina es una importante precursora de las ciencias humanas, y en *El nacimiento de la clínica* esta cuestión adquiere aún más importancia. Como Foucault señaló, «La ciencia del hombre... está médicamente... fundamentada». Antes del siglo XIX la medicina constituía una ciencia clasificatoria centrada en un sistema claramente ordenado de enfermedades. Pero en el siglo XIX la medicina comenzó a ocuparse de las enfermedades de los individuos, así como del conjunto de la sociedad (epidemias). La medicina se extendió a las personas sanas (medicina preventiva) y adoptó una postura normativa al distinguir entre el sano y el enfermo y, más tarde, entre estados normales y estados patológicos. La medicina se convirtió así en precursora de las ciencias humanas que llegarían a adoptar también la perspectiva que distingue lo normal de lo patológico en las personas.

Pero hasta entonces no existía una estructura clínica en la medicina. La clave es el desarrollo de la clínica, donde los pacientes podían ser observados en camas. Aquí Foucault utiliza un término clave, la mirada, en este caso una «mirada que representa el conocimiento». En otras palabras, el conocimiento se derivó de lo que los médicos veían, no de lo que leían en los libros. Como estructuralista, Foucault creía que la mirada era un tipo de lenguaje, «un lenguaje sin palabras», y lo que le interesaba era la estructura profunda de ese «lenguaje». La capacidad de ver y tocar (especialmente en las autopsias) a personas enfermas (o muertas) supuso un cambio crucial y una fuente importante de conocimiento. Foucault comenta sobre la autopsia, «la noche viviente se disipa en el esplendor de la muerte». Foucault cree que la mirada anatómico-clínica supuso un «enorme cambio» en la medicina occidental. De este modo no se produjo tanto una evolución del conocimiento como un cambio epistémico. Los doctores ya no jugaban a lo mismo; se trataba de un juego diferente con reglas diferentes. El juego consistía en que las personas (los pacientes) se habían convertido en objeto de conocimiento y de la práctica científica (en lugar de la enfermedad como entidad). En los términos de su orientación estructuralista, lo que cambió fue la naturaleza del discurso, los nombres de las enfermedades, las clasificaciones, el campo de los objetos, etcétera.

Una vez más la medicina adopta a los ojos de Foucault el papel de precursora de las ciencias humanas. « Es comprensible, pues, que la medicina haya tenido tanta importancia en la constitución de las ciencias del hombre, una importancia que no sólo es metodológica, sino ontológica en el sentido de que concierne a la transformación del hombre como objeto de conocimiento positivo». En concreto, Foucault señala acerca de la autopsia médica que «la muerte abandona su viejo paraíso trágico y se convierte en el núcleo lírico del hombre: su verdad invisible, su secreto visible». De hecho, para Foucault el cambio clave consiste en que el individuo se convierte en sujeto y objeto de su propio conocimiento, y el cambio en la medicina no es otro que uno «de los testimonios más visibles de estos cambios en las estructuras fundamentales de la experiencia».

En *Vigilar y castigar* vuelven a aparecer muchos de estos temas, pero esta obra se ocupa más de la genealogía del poder que del estructuralismo, del discurso, etcétera. Aquí «el poder y el conocimiento están directamente implicados uno en el otro». Foucault analiza en ese trabajo el periodo que media entre 1757 y la década de 1830, durante el cual se sustituyó la tortura de los prisioneros por el control mediante normas carcelarias. (De modo característico, Foucault percibe este cambio como producto de un desarrollo irregular, no de una evolución racional.) Su

idea general es que esta sustitución representó una humanización del trato que recibían los criminales; este trato se hizo menos desagradable, doloroso y cruel. Desde el punto de vista de Foucault, la realidad fue que el castigo se racionalizó («el verdugo [en la guillotina] debía ser simplemente un vigilante meticulado», y llegó a ser más eficaz con los prisioneros. La antigua tortura de los prisioneros solía demostrarse públicamente, pero constituía una «mala economía del poder» porque tendía a suscitar desasosiego entre los espectadores. El vínculo entre el conocimiento y el poder se manifestaba claramente en la tortura y, con el desarrollo de normas, ese vínculo se oscureció. El nuevo sistema de reglas era «más regular, más eficaz, más constante, y sus efectos eran más concretos; en suma, ese cambio aumentó los efectos del castigo y disminuyó sus costes económicos» (Foucault). El nuevo sistema no pretendía ser más humano, sino «castigar mejor... insertar más profundamente en el cuerpo social el poder de castigar» (Foucault, 1979: 82). A diferencia de la tortura, esta nueva tecnología del poder de castigar se producía al comienzo del proceso de desviación, afectaba a más gente, era más burocrática, más eficaz, más impersonal, más invariable, más sobria, e implicaba la vigilancia no sólo de los criminales, sino también de toda la sociedad.

Esta nueva tecnología, una tecnología del poder disciplinario, estaba basada en el modelo militar. No implicaba un sistema de poder único y omnicompreensivo, sino un sistema de micropoderes. Foucault describe una «microfísica del poder» con «innumerables puntos de enfrentamiento». Identifica tres instrumentos del poder disciplinario. El primero es la vigilancia jerárquica, o la capacidad de los funcionarios de vigilar todo lo que está bajo su control con una simple mirada. El segundo es la capacidad de imponer sanciones normalizadoras y castigar a los que violan las normas. De este modo, alguien podría ser juzgado negativamente y castigado por cuestiones relativas al tiempo (por llegar tarde), relativas a la actividad (no prestar atención) y a la conducta (ser maleducado). El tercero es el uso del examen para observar a los sujetos e imponer sanciones normalizadoras sobre las personas. El tercer instrumento del poder disciplinario implica los otros dos.

Foucault no adopta una postura negativa por lo que respecta al crecimiento de la sociedad disciplinaria; también le atribuye consecuencias positivas. Por ejemplo, cree que la disciplina funciona bien dentro de las fábricas industriales y del ejército. No obstante, Foucault nos trasmite su temor a la extensión de esa disciplina, especialmente dentro de la red policial estatal para la que toda la sociedad constituye un campo de percepción y un objeto de disciplina.

Foucault no piensa que la disciplina esté extendida uniformemente por toda la sociedad. Antes bien, cree que «hormiguea» e influye en pequeñas partes de la sociedad. Pero finalmente, las principales instituciones caen bajo su influencia. Foucault se pregunta retóricamente: ¿es sorprendente que las prisiones se asemejen a las fábricas, las escuelas, los cuarteles, los hospitales, y que todas estas instituciones se parezcan a las prisiones?. Al final, Foucault ve el desarrollo de un sistema carcelario en el que la disciplina se traslada «desde la institución penal al conjunto del cuerpo social». Si bien entrevemos aquí una imagen de la jaula de hierro weberiana, Foucault cree, como siempre, en la existencia de fuerzas que se oponen al sistema carcelario; existe una dialéctica estructural constante en la obra de Foucault.

Aunque en *Vigilar y castigar* Foucault se ocupa de la cuestión del poder, en este trabajo encontramos también el tema recurrente en su obra de la emergencia de las ciencias humanas. La transición de la tortura a las normas carcelarias constituye un cambio del castigo corporal al castigo del alma o la voluntad. Este cambio, a su vez, entraña consideraciones sobre la moralidad y la normalidad. Los funcionarios de prisiones y los agentes de policía comienzan por juzgar la normalidad y la moralidad del prisionero. Finalmente, esta capacidad para juzgar se extiende a otros «jueces de orden menor» tales como psiquiatras y educadores. De aquí surgen los nuevos cuerpos de conocimiento científico penal, y estos constituyen la base del «complejo científico-legal» moderno. En el nuevo modo de subordinación las personas se definen como el objeto del conocimiento, del discurso científico. La cuestión clave es que las ciencias humanas modernas encuentran sus raíces aquí. He aquí la amarga descripción de Foucault de las raíces disciplinares de las ciencias humanas: «Estas ciencias, que han paladeado tanto nuestra "humanidad" durante casi un siglo, tienen su matriz técnica en las mezquinas y maliciosas minutiae de las disciplinas y sus investigaciones».

Otra de las cuestiones analizada en *Vigilar y castigar* merece ser mencionada aquí. Foucault se interesa por el modo en que el conocimiento crea las tecnologías que ejercen el poder. En este contexto analiza el Panóptico. El Panóptico constituye una estructura que permite a los funcionarios una observación completa de los criminales. De hecho, los funcionarios no necesitan estar siempre presentes; la simple existencia de la estructura (y la posibilidad de que los funcionarios estén en ella) constriñe a los criminales. El Panóptico tiene una torre en el centro de una prisión circular desde la que los guardias pueden observar el interior de todas las celdas. El Panóptico constituye una enorme fuente de poder para los funcionarios de prisiones, ya que les da la posibilidad de una vigilancia completa. Y lo que es

más importante, su poder es enorme porque los prisioneros llegan a controlarse a sí mismos; dejan de hacer varias cosas por temor a ser vistos por los guardias. Aquí podemos apreciar un claro vínculo entre el conocimiento, la tecnología y el poder. Además, Foucault vuelve a su preocupación por las ciencias humanas, ya que señala que el Panóptico es un tipo de laboratorio que facilita la recogida de información sobre las personas. Representa el precursor del laboratorio socio-científico y de otras técnicas de las ciencias sociales para reunir información sobre las personas. Y en otro sentido, Foucault cree que el Panóptico es la base de «un tipo de sociedad», de la sociedad disciplinaria.

Ocupémonos finalmente del primer volumen de la Historia de la sexualidad. En él Foucault vuelve a centrarse en la genealogía del poder. Para Foucault la sexualidad es un «punto de transferencia especialmente denso para las relaciones de poder». Se traza la meta de «definir el régimen de poder-conocimiento-placer que mantiene el discurso de la sexualidad humana en nuestra parte del mundo». Examina el modo en que el sexo se introduce en el discurso y el modo en que el poder impregna ese discurso.

Foucault disiente de la idea convencional de que el victorianismo condujo a la represión de la sexualidad en general y del discurso sexual, en particular. De hecho cree exactamente lo contrario: que la época victoriana condujo a una explosión de los discursos de la sexualidad. Una de las consecuencias del victorianismo fue que se produjeron más análisis, evaluaciones, clasificaciones, descripciones y estudios cuantitativo-causales de la sexualidad. Foucault señala: «Las personas se preguntarán a sí mismas por qué íbamos a estar tan dispuestos a acabar con la regla del silencio en lo que concierne a la más ruidosa de nuestras preocupaciones». Esto sucede especialmente en las escuelas, donde en lugar de la represión de la sexualidad «la cuestión del sexo era una preocupación constante». He aquí el resumen que hace Foucault de la hipótesis victoriana y su opinión:

Por tanto, debemos abandonar la hipótesis de que las sociedades industriales modernas entraron en una época de creciente represión sexual. No sólo hemos presenciado una explosión visible de las sexualidades no ortodoxas... sino que nunca han existido tantos centros de poder; nunca se le ha dedicado más atención y se le ha verbalizado más... nunca ha habido más sitios donde poder asirse a la intensidad de los placeres y a la persistencia del poder, para luego difundirse por todas partes.

De nuevo Foucault asigna un lugar especial a la medicina y a sus discursos sobre la sexualidad. Mientras que en opinión de muchos pensadores la medicina está orientada hacia el análisis científico de la sexualidad, Foucault identifica en las preocupaciones de la medicina más moralidad que ciencia. De hecho, Foucault critica con dureza la medicina, ya que cree que el objeto de su discurso «no es establecer la verdad, sino evitar su emergencia». En la moralidad de la sexualidad se encuentra implicada también la religión, especialmente el cristianismo occidental, la confesión y su necesidad de que el sujeto diga la verdad sobre la sexualidad. Todo esto guarda relación con las ciencias humanas y su interés por obtener conocimiento acerca del sujeto. Del mismo modo que las personas se confiesan con sus sacerdotes, también se confiesan con sus doctores, sus psiquiatras y sus sociólogos. La confesión, especialmente la confesión sexual, se cubre de términos científicos.

En occidente, «el proyecto de la ciencia del sujeto ha gravitado, en círculos cada vez más pequeños, alrededor de la cuestión del sexo». Las preguntas formuladas acerca de quiénes somos han contenido cada vez más la cuestión del sexo. Foucault lo resume así: «El sexo lo explica todo».

En lugar de ocuparse de la represión de la sexualidad, Foucault afirma que el estudio científico del sexo debe centrarse en la relación entre el sexo y el poder. De nuevo, ese poder no reside en una única fuente central; reside en una variedad de microlugares. Además, como siempre, Foucault afirma que existe la resistencia a la imposición del poder sobre el sexo. El poder y la resistencia al poder están en todas partes.

Antes del siglo XVIII la sociedad se esforzaba por ejercer control sobre la muerte, pero a principios de ese siglo se comenzó a controlar la vida, especialmente el sexo. El poder sobre la vida (y el sexo) adoptó dos formas. Primera, se encarnó en la «anatomía política del cuerpo humano», cuya meta era disciplinar el cuerpo humano (y su sexualidad). Y segunda, en la «biopolítica de la población» cuyo objetivo era controlar y regular el crecimiento, la salud, la esperanza de vida etcétera de la población. En ambos casos, la sociedad llegó a percibir la «vida como un objeto político». El sexo era central en ambos casos: «El sexo era un medio de acceso tanto a la vida del cuerpo como a la vida de la especie». En el occidente moderno, el sexo ha adquirido mayor importancia que el alma (y ya sabemos la importancia que tiene en la obra de Foucault) y es casi tan importante como la vida. A través del conocimiento de la sexualidad, la sociedad ejerce más poder sobre la vida. Pero a pesar de este aumento de control, Foucault no pierde la esperanza de la emancipación:

Debemos romper con la acción del sexo si queremos enfrentarnos mediante la inversión táctica de los diversos mecanismos de la sexualidad- a las garras del poder con sus demandas de cuerpos, placeres y conocimientos, en su

multiplicidad y su posibilidad de resistencia. El blanco de ataque contra el desarrollo de la sexualidad no debe ser el deseo sexual, sino los cuerpos y los placeres. (Foucault)

La obra de Foucault, así como el trabajo posestructuralista que se viene realizando en la actualidad, ofrece un nuevo e interesante conjunto de ideas a la corriente principal de la teoría sociológica.

3. Antiestructuralismo

Una vez analizados el estructuralismo y el posestructuralismo, nos será de gran utilidad examinar dos perspectivas teóricas -la sociología existencial y la teoría de sistemas- que, en muchos sentidos, pueden describirse como antiestructuralistas. El carácter básico de estas teorías antiestructuralistas nos proporcionará una idea de la debilidad del estructuralismo. La sociología existencial representa el tipo característico de perspectiva humanista y subjetivista rechazada por el estructuralismo y el posestructuralismo. La teoría de sistemas ofrece una visión más procesual que estructural del mundo social.

a. Sociología existencia

La sociología existencial es «el estudio de la experiencia humana en el mundo... en todas sus formas» (Douglas y Johnson, 1977: vii; para una definición similar, véase Fontana, 1984). Se orienta hacia el estudio del modo en que vive, siente, piensa y actúa la gente. Asigna especial importancia a los sentimientos y las emociones, así como a la «naturaleza problemática y localizada de la experiencia significativa». La aceptación de esta idea implica el rechazo de cualquier visión monocausal (por ejemplo, estructural) de la vida humana. Para la sociología existencial, «el hombre es variable, alterable, inseguro, conflictivo y parcialmente libre de elegir lo que hará y será, y debe ser así para existir en un mundo variable, alterable, inseguro y conflictivo». Esta frase nos sugiere uno de los temas dominantes de la sociología existencial: las personas son libres y, al tiempo, están constreñidas. Esta idea, así como otros muchos aspectos de la sociología existencial, se deriva de la obra de Jean-Paul Sartre, filósofo y novelista francés. Los sociólogos consideran particularmente importante el esfuerzo de Sartre por relacionar la libertad individual y las constricciones sociales. Sartre intentó fusionar en un todo dialéctico sus tempranos intereses fenomenológicos con sus posteriores preocupaciones marxistas. En opinión de Ian Craib (1976), el pensamiento de Sartre evolucionó. En su obra temprana Sartre se centró en el nivel individual, especialmente en la libertad individual. En el inicio de su carrera se adhirió a la idea de que las personas no estaban sometidas a leyes sociales ni se regían por ellas. En otras palabras, el hombre «no puede justificar sus acciones recurriendo a algo exterior a sí mismo». Sin embargo, más tarde, Sartre sintió un interés cada vez mayor por la teoría marxista y, a resultas de ello, cambió de orientación y se centró en el «individuo libre situado en una enorme y opresiva estructura social que limita y aliena sus actividades»; cursivas añadidas). Sartre no sólo se trasladó al nivel societal, sino que intentó combinar sus preocupaciones en ese nivel con su temprano interés por el actor. Craib concluyó que al final de su carrera Sartre logró unificar la teoría macro y la micro.

En su análisis de la obra de Sartre, Gila Hayim percibe cierta continuidad entre su obra temprana y su obra madura. En *El ser y la nada*, publicada en 1943, Sartre se centra más en el individuo libre y adopta la idea de que la «existencia se define por y a través de los actos propios... Se es lo que se hace». Al mismo tiempo, Sartre ataca la idea estructuralista de «las estructuras objetivas como determinantes absolutos de la conducta» (Hayim). Para Sartre y para casi todos los existencialistas, los actores tienen la capacidad de ir más allá del presente hacia el futuro. Así, para Sartre las personas son libres; son responsables de todo lo que hacen; no tienen excusa alguna. En cierto sentido, esa «inquietante responsabilidad que genera la libertad» constituye una enorme fuente de angustia para las personas. Pero en otro, también representa una fuente de optimismo: el destino de las personas está en sus manos. En la *Crítica de la razón dialéctica*, publicada en 1963, Sartre dedica más atención a las estructuras sociales, pero incluso aquí acentúa la «prerrogativa humana de la trascendencia, de superar lo dado». Al hacerlo Sartre critica a varios marxistas (marxistas estructurales) que dan demasiada importancia al papel y al lugar de la estructura social. «En opinión de Sartre, los marxistas dogmáticos han eliminado el componente humanista de la idea original de Marx». Como existencialista, Sartre nunca abandonó este humanismo.

Un buen ejemplo que ilustra la sociología existencial nos lo proporciona Andrea Fontana, quien extrajo las siguientes palabras del cuento de George Orwell «Disparo a un elefante»:

En cuanto vi el elefante supe con seguridad que no debía dispararle... Decidí que le miraría un ratito mientras me aseguraba de que no volvería a comportarse salvajemente para luego marcharme a casa...

Pero en aquel momento me volví y miré a la multitud que me había seguido. Era una enorme multitud... Me miraba... Yo no les gustaba, pero con el rifle mágico en mis manos, tuve el valor de mirarla. Y súbitamente me percaté de que, después de todo, debía haber disparado al elefante. Eso es lo que la gente esperaba de mí, y tuve que hacerlo; sentí sus dos mil voluntades presionándome de una manera irresistible para que lo hiciera.

Este pasaje ilustra varios componentes básicos del pensamiento existencialista. El primero es el enfoque sobre el actor, en este caso el cazador y sus pensamientos y acciones. El segundo, el carácter local y problemático de la vida social. Si hubiera estado solo, el cazador no habría disparado al elefante. Sin embargo, se encontró en una situación en la que se vio obligado a cambiar el curso de su acción. El tercero, el ambiente social, la multitud, que «obliga» al cazador a disparar al elefante. Y finalmente está el tema de Sartre de la «mala fe». El cazador no tenía por qué haber disparado al elefante, como él mismo dice. Podía haberse negado. Esto ilustra el tema político del existencialismo. A pesar de la existencia de presiones externas, siempre puede uno negarse. Un oficial de un campo de concentración nazi practica la mala fe cuando afirma que sólo cumplía órdenes; podía haberse negado a cumplirlas.

La sociología existencial está profundamente comprometida con el estudio naturalista de los actores y sus pensamientos, sentimientos y acciones. Dentro de su campo de estudio acentúa varios fenómenos. Y ello es así porque los sociólogos existenciales sienten una profunda preocupación por los sentimientos, las emociones, etcétera, a diferencia de la mayoría de los sociólogos, que se centran en los aspectos racionales de la existencia humana. Joseph A. Kotarba subrayó con claridad la enorme importancia que tiene el estudio de los sentimientos para el sociólogo existencial. «Sin embargo, en la base de todos sus trabajos subyace un profundo compromiso e interés por la comprensión del modo en que los sentimientos forman los pilares de nuestras vidas, así como de las complejas realidades sociales que construimos». En otras palabras, nuestra comprensión de las personas, así como de sus productos sociales, sólo es posible mediante el estudio de los sentimientos humanos.

Otra preocupación central del sociólogo existencial es el self (Kotarba y Fontana), o la «experiencia completa que el individuo tiene del ser». De acuerdo con Kotarba, «el self existencial hace referencia a la experiencia única que un individuo tiene del ser dentro del contexto de las condiciones sociales contemporáneas, una experiencia que se caracteriza sobre todo por una percepción constante del cambio y por una participación activa en la transformación social». Para el existencialista el self no puede separarse del cuerpo físico en el que se encuentra. La relación entre las dimensiones mental y física de la vida es muy importante y merece estudiarse (Kotarba). Además, el self es considerado no como una estructura estática, sino como un proceso, algo que está continuamente en un estado de cambio (Johnson y Ferraro). Es decir, el self es algo creativo y espontáneo y está intensamente influido por su situación inmediata. El self es siempre contemplado como algo que, al menos parcialmente, es problemático y situacional.

Los estructuralistas rechazan el interés de los existencialistas por los pensamientos, los sentimientos, las acciones y el self. El deseo de aquéllos es descentrar el pensamiento social, alejarse del actor humano y orientarse hacia la preocupación por la estructura. La sociología existencial nos ayuda a comprender los orígenes del estructuralismo. Además, representa un desafío para el estructuralismo debido a la incapacidad de éste para analizar adecuadamente las preocupaciones de los existencialistas.

b. Teoría de sistemas

La teoría de sistemas es el producto de varias ideas científicas importadas a la sociología desde otros campos: la cibernética, la teoría de la información, la investigación operativa y la teoría económica de sistemas (Lilienfeld, 1975). Estas ideas se remoldaron para aplicarlas a la vida social. En *Sociology and Modern Systems Theory* [La sociología y la moderna teoría de sistemas] (1967), Walter Buckley dio respuesta a la cuestión de los beneficios que ofrece la teoría de sistemas a la sociología.

En primer lugar, dado que la teoría de sistemas se deriva de las ciencias duras y dado que, al menos a los ojos de sus exponentes, es aplicable a todas las ciencias sociales y conductistas, ofrece un vocabulario que las unifica. En segundo lugar, la teoría de sistemas incluye varios niveles de análisis y puede aplicarse igualmente a los aspectos macro más objetivos y a los aspectos micro más subjetivos de la vida social. En tercer lugar, la teoría de sistemas se interesa por las diversas relaciones entre los numerosos aspectos del mundo social y, por tanto, milita contra los análisis parciales del mundo social. El argumento central de la teoría de sistemas es que la intrincada relación entre las partes no

puede analizarse fuera del contexto del todo. Los teóricos de sistemas rechazan la idea de que la sociedad o sus grandes componentes deben analizarse como hechos sociales unificados. El objeto de análisis debe ser, en cambio, las relaciones o los procesos en los diversos niveles del sistema social. Buckley describió así la preocupación central de la teoría de sistemas:

El tipo de sistema que nos interesa puede describirse, en sus rasgos generales, como un complejo de elementos o componentes directa o indirectamente relacionados en una red causal tal que cada componente está relacionado con, al menos, algunos otros de una manera más o menos estable dentro de un determinado periodo de tiempo.

Richard A. Ball ofrece una clara concepción de la orientación relacional de la teoría de sistemas, o de lo que denomina Teoría General de Sistemas (TGS):

La TGS parte de una concepción procesual de la realidad que consta fundamentalmente de relaciones entre relaciones, tal y como lo ilustra el concepto de «gravedad» utilizado en la física moderna. El término «gravedad» no describe, en absoluto, una entidad. No existe tal «cosa» como la gravedad. Se trata de un conjunto de relaciones. Concebir estas relaciones como entidades supone caer en la reificación... La TGS requiere que los sociólogos desarrollen la lógica de las relaciones y conceptualicen la realidad social en términos relacionales.

En cuarto lugar, la teoría de sistemas tiende a ver todos los aspectos del sistema sociocultural en términos de procesos, especialmente como redes de información y comunicación. Y en quinto, y tal vez lo más importante, la teoría de sistemas es intrínsecamente integradora. Buckley, en su definición de la perspectiva, señala que la teoría de sistemas implica la integración de las grandes estructuras objetivas, los sistemas de símbolos, la acción y la interacción y la «conciencia y la autoconciencia». Ball también aceptó la idea de la integración de los niveles: «El individuo y la sociedad reciben un trato igual, no como entidades separadas, sino como campos mutuamente constituidos que se relacionan mediante diversos procesos de "retroalimentación"». De hecho, la preocupación de la teoría de sistemas por la integración es tan profunda que Buckley llegó a criticar la tendencia de otros sociólogos a hacer distinciones analíticas entre los niveles:

Puede apreciarse con claridad la tendencia de la mayor parte de la sociología a insistir en lo que se ha denominado «distinción analítica» entre «personalidad» (presumiblemente intracraneal), los sistemas de símbolos (la cultura), y las matrices de las relaciones sociales (los sistemas sociales), aun cuando el propio trabajo realizado por los defensores de las distinciones demuestra que su postura es errónea o a menudo insostenible en la práctica.

(Buckley fue un poco injusto, porque él hizo en su obra exactamente lo que critica. Hacer distinciones analíticas puede ser, en principio, aceptable para los teóricos de sistemas siempre que esas distinciones se hagan con el fin de captar mejor las interrelaciones entre los diversos aspectos de la vida social.) Y finalmente, la teoría de sistemas tiende a considerar el mundo social en términos dinámicos, con una preocupación suprema por «la emergencia y la dinámica sociocultural en general» (Buckley)

Buckley analizó la relación entre los sistemas socioculturales, los sistemas mecánicos y los sistemas orgánicos. Se esforzó por describir las diferencias esenciales entre estos sistemas. A lo largo de varias dimensiones traza un continuum desde los sistemas mecánicos a los orgánicos y a los socioculturales, un continuum de menor a mayor complejidad de las partes, de menor a mayor inestabilidad de las partes y de menor a mayor grado en que las partes son atribuibles al conjunto del sistema.

En otras dimensiones los sistemas difieren cualitativamente más que cuantitativamente. En los sistemas mecánicos las interrelaciones entre las partes se basan en transferencias de energía. En los sistemas orgánicos, estas interrelaciones se fundamentan más en el intercambio de información que de energía. Y en los sistemas socioculturales las interrelaciones se basan en un intercambio de información aún mayor.

Los tres tipos de sistemas también difieren en el grado en que son abiertos o cerrados, es decir, en el grado de intercambio con los aspectos del entorno general. Un sistema abierto es más capaz de responder selectivamente a una mayor amplitud y detalle de la infinita variedad del entorno. En estos términos, los sistemas mecánicos tienden a ser cerrados; los orgánicos más abiertos y los socioculturales los más abiertos de los tres tipos. El grado de apertura de un sistema guarda relación con dos conceptos cruciales de la teoría de sistemas: la entropía, o tendencia de los sistemas a debilitarse y dejar de funcionar, y la neguentropía, o tendencia de los sistemas a elaborar estructuras (Bailey). Los sistemas cerrados tienden a ser entrópicos, y los abiertos a ser neguentrópicos. Los sistemas socioculturales también tienden a contener más tensión dentro de ellos que los otros dos tipos. Finalmente, los sistemas socioculturales pueden ser intencionales e involucrarse en la persecución de metas porque mantienen una relación de retroalimentación con el entorno que les permite moverse hacia sus metas.

La retroalimentación constituye un aspecto esencial del enfoque cibernético que adoptan los teóricos de sistemas para el estudio del sistema social. Este enfoque se opone al enfoque del equilibrio, característico de muchos sociólogos (por ejemplo, Parsons) quienes operan conscientemente con un enfoque sistémico. El uso del concepto de retroalimentación permite a los teóricos de sistemas cibernéticos analizar la fricción, el desarrollo, la evolución y los cambios repentinos. El grado de apertura de un sistema social con respecto a su entorno y la influencia de los factores del entorno sobre el sistema constituyen preocupaciones importantes para estos teóricos de sistemas.

También influyen sobre los sistemas sociales diversos procesos internos. Por lo que respecta a esta cuestión, destacan otros dos conceptos clave. La morfoestasis hace referencia a los procesos que contribuyen al automantenimiento del sistema y la morfogénesis se refiere a los procesos que contribuyen al cambio del sistema y a aumentar su complejidad. Los sistemas sociales desarrollan «sistemas mediadores» cada vez más complejos que intervienen entre las fuerzas externas y la acción del sistema. Algunos de estos sistemas mediadores contribuyen al automantenimiento del sistema, mientras otros contribuyen al cambio del sistema. Estos sistemas mediadores adquieren una cada vez mayor independencia, autonomía y grado de determinación sobre las acciones del sistema. En otras palabras, estos sistemas mediadores permiten al sistema social depender menos del entorno.

Estos complejos sistemas mediadores realizan varias funciones para el sistema social. Por ejemplo, permiten al sistema adaptarse temporalmente a las condiciones externas. Pueden lograr que el sistema se dirija de un entorno severo a otro más agradable. También pueden permitir al sistema la reorganización de sus partes a fin de que mejore su relación con el entorno.

Buckley (1976) se trasladó desde el análisis de los principios generales hasta el campo específico del mundo social a fin de mostrar la aplicabilidad de la teoría de sistemas. Partió del nivel individual, donde le pareció especialmente interesante la obra de Mead en la que la conciencia y la acción están interrelacionadas. De hecho, Buckley formuló la problemática meadiana en términos de la teoría de sistemas. La acción se deriva, en primer lugar, de una señal procedente del entorno que es transmitida al actor. Pero esa transmisión puede complicarse debido a la posible existencia de ruido en el entorno. Una vez que atraviesa el entorno, la señal proporciona al actor información. Sobre la base de esta información el actor selecciona una respuesta. La clave de este proceso es la posesión del actor de un mecanismo mediador: la conciencia de su self. Buckley analiza la conciencia del propio self en los términos de la teoría de sistemas:

En el lenguaje de la cibernética, esta conciencia del propio self constituye un mecanismo de retroalimentación interna de los estados del sistema que pueden definirse o compararse con otra información procedente de la situación y la memoria, mecanismo que permite seleccionar entre un repertorio de acciones que persiguen alguna meta de modo que se tenga implícitamente en cuenta el propio self y la propia conducta. (Buckley)

Para Mead y los interaccionistas simbólicos y para los teóricos de sistemas, la conciencia no se puede separar de la acción y la interacción, sino que es parte integrante de ambas.

A pesar de su idea de que la conciencia y la interacción están interrelacionadas y de que los niveles no deben separarse, Buckley se trasladó del dominio de la conciencia al de la interacción. Las pautas de la interacción es decir, la imitación y la respuesta- encajan perfectamente en su visión sistémica del mundo. Y lo que es más importante, Buckley vinculó el reino de lo interpersonal directamente con el sistema de la personalidad; en efecto, creía que ambos se determinaban mutuamente. Finalmente, Buckley se centró en el estudio de la organización a gran escala de la sociedad, especialmente los roles y las instituciones, considerados por él en términos sistémicos y relacionados con los otros niveles de la realidad social (si es que se pueden distinguir de ellos).

Buckley concluyó con la aplicación de algunos de los principios generales de la teoría de sistemas al dominio sociocultural. En primer lugar, el teórico de sistemas acepta la idea de que la tensión es una realidad del sistema social normal, necesaria, y omnipresente. En segundo lugar, se ocupa de analizar la naturaleza y las fuentes de variedad del sistema social. El hincapié en la tensión y la variedad confiere dinamismo a la teoría de sistemas. En tercer lugar, ha de preocuparse por los procesos de selección, tanto en los niveles individual como interpersonal, mediante los cuales se eligen o cambian las diversas alternativas abiertas al sistema. Esto proporciona a la teoría de sistemas mayor dinamismo si cabe. En cuarto lugar, debe considerarse el nivel interpersonal como la base del desarrollo de las grandes estructuras. Los mecanismos transaccionales de intercambio, la negociación y el pacto constituyen los procesos de los que emergen estructuras culturales y sociales relativamente estables. Finalmente, a pesar del dinamismo inherente a la teoría de sistemas, existe un reconocimiento de los procesos de perpetuación y transmisión. Como Buckley señaló: «De las continuas transacciones emergen ciertas adaptaciones y ajustes relativamente estables».

Es interesante señalar que existen varias semejanzas sorprendentes entre la teoría de sistemas y el enfoque dialéctico, aun cuando sus fuentes son sumamente diferentes (una científica y la otra filosófica) y tienen un vocabulario muy distinto. Las semejanzas entre ambas perspectivas incluyen su interés por las relaciones, los procesos, la creatividad y la tensión.

Una vez que hemos examinado algunas de las premisas básicas de la teoría de sistemas, es preciso retomar la cuestión del antiestructuralismo. ¿Qué hay en la teoría de sistemas que nos lleva a considerarla antiestructuralista? En primer lugar, la teoría de sistemas es integradora y se mueve en varios niveles de análisis, mientras el estructuralismo tiende a ser reduccionista. Es decir, el estructuralismo tiende a asignar primacía bien a las microestructuras de la mente, bien a las macroestructuras fundamentales de la sociedad. En segundo lugar, el rechazo de la teoría de sistemas del análisis compartimentado del mundo y su énfasis sobre las interrelaciones implica una crítica de la tendencia del estructuralismo a enfocarse sobre las macroestructuras y las microestructuras. En tercer y tal vez más importante lugar, es el carácter procesual y dinámico de la teoría de sistemas lo que se opone radicalmente a la tendencia del estructuralismo a hacer análisis estáticos del mundo social. Desde el punto de vista de la teoría de sistemas, se puede criticar al estructuralismo calificándole de reduccionista, no relacional y estático.

4. Variantes Sociológicas

El estructuralismo tiene varios atractivos para los sociólogos, especialmente para los que se orientan hacia el desarrollo de una ciencia de la sociología (Goddard). Por ejemplo, representa un sistema de pensamiento altamente abstracto que permite gran rigor analítico. Promete la posibilidad de construir modelos formales así como el uso de sofisticadas técnicas matemáticas y estadísticas. Sobre todo, ofrece una perspectiva de gran alcance capaz de analizarlo todo, desde la estructura de la mente y la sociedad, hasta la estructura del mundo natural.

Por estas y otras razones en los últimos años algunos sociólogos han adoptado una orientación estructural. Por ejemplo, algunos etnometodólogos, en especial Aarón Cicourel, se han esforzado por emplear una orientación estructuralista. Cicourel señaló que los etnometodólogos debían interesarse por los procedimientos interpretativos básicos de los actores, considerados por él «similares a las reglas profundas de las estructuras gramaticales) (1974: 27). Curiosamente, Cicourel concebía estas estructuras profundas de una manera no determinista, es decir, pensaba que generaban respuestas innovadoras a las situaciones sociales.

a. El estructuralismo de Erving Goffman

La obra de Erving Goffman, especialmente sus últimos trabajos, entre ellos *Frame Analysis* [Análisis estructural] (1974), también proporciona un ejemplo de cambio de orientación hacia el estructuralismo. George Gonos señaló que la obra de Goffman constituye una «variante estadounidense del estructuralismo contemporáneo». Goffman fue más allá de las situaciones cotidianas en busca de las estructuras que las gobiernan de manera invisible. Estas son «"esquemas de interpretación" que permiten al individuo localizar, percibir, identificar y denominar ocurrencias en su espacio vital y en el mundo en general. Al dar significado a los eventos u ocurrencias, la estructura se pone en marcha para organizar la experiencia y guiar la acción, sea individual o colectiva». Goffman denominó a estas estructuras invisibles armazones. Si bien las situaciones podían variar en pequeños detalles, los armazones contienen reglas estables de operación. Gonos nos ofreció otras características estructurales de los armazones:

De los análisis que hace Goffman de actividades particularmente estructuradas, podemos derivar ciertas características principales de los armazones. Un almacén no constituye una amalgama difusa o accidental de elementos reunidos durante un lapso corto de tiempo. Antes bien, está formada por una serie de componentes esenciales con una disposición definida y relaciones estables. Estos componentes no proceden de aquí y de allá, como sucede con los elementos de una situación, sino que siempre están juntos como sistema. Los componentes estándar son coherentes y completos... Otros elementos menos esenciales están también presentes en toda situación empírica y confieren parte de su carácter al todo... Así, el concepto de almacén se aproxima mucho al de «estructura». (Gonos)

Para George Gonos, los armazones son principalmente reglas o leyes que determinan la interacción. Por lo general, las reglas son inconscientes y no negociables. Entre las reglas identificadas por Gonos se encuentran las que definen «el modo en que los signos deben ser "interpretados", el modo en que las indicaciones procedentes del exterior

deben relacionarse con los "selfs", y el tipo de experiencia que debe acompañar a la actividad». Gonos concluye: «De este modo, la problemática de Goffman no promueve el estudio de la interacción observable de la "vida cotidiana" en sí, sino su estructura e ideología eterna; no el estudio de las situaciones, sino el de sus armazones» (1980: 160). Goffman parece ofrecer una concepción de las estructuras de la interacción que promete la posibilidad de integración con las estructuras mentales de Lévi-Strauss y las grandes estructuras de los marxistas estructurales franceses.

Si bien el enfoque estructural de Goffman se asemeja en cierto sentido al estructuralismo francés, hay otros enfoques sociológicos que, aunque pueden ser descritos como estructurales, tienen poco en común con el estructuralismo francés. A continuación estudiaremos dos ejemplos de estos enfoques: la teoría estructural, especialmente la de Peter Blau, y la teoría de redes.

b. Teoría estructural

Uno de los desarrollos más interesantes que se han producido en teoría sociológica es el resurgimiento del interés por la teoría estructural, es decir, un regreso a las raíces de la sociología en el concepto de Emile Durkheim de los hechos sociales. Este resurgimiento ha sido promovido por muchos de los líderes de la «vieja guardia» de la sociología, entre ellos Robert Merton, Lewis Coser, William Goode, Seymour Martin Lipset y, el más importante de todos, Peter Blau. Los ataques procedentes de varios frentes contra sus orientaciones tradicionales les hicieron sentir la necesidad de reiterar y afianzar sus enfoques sobre las grandes estructuras.

La política de este resurgimiento es interesante y nos proporciona mucha información sobre la teoría estructural. Lewis Coser se sintió particularmente ofendido por el hecho de que muchos de sus colegas parecían haber sucumbido a «una verdadera orgía de subjetivismo» al adoptar microteorías tales como la fenomenología y la etnometodología. Afirmó que el estudio de las grandes estructuras era la «piedra angular» de la sociología. Coser apremia a los sociólogos para que no cedan ante el subjetivismo y regresen a la obra de Emile Durkheim, así como a la de Simmel y Marx, que «nos enseñan que el esfuerzo individual no basta para liberarnos de las garras de las constricciones sociales». El interés último de la sociología debe ser la «pertinaz facticidad de las disposiciones estructurales».

Su postura no significa que Coser quisiera centrarse exclusivamente en las grandes estructuras; antes bien, su deseo era analizarlas como determinantes últimos de otros aspectos de la realidad social. Su modelo básico es que las estructuras sociales influyen enormemente en los procesos sociales (por ejemplo, el conflicto social) y éstos, a su vez, en la conducta individual.

El otro gran «enemigo» de los estructuralistas es el grupo de sociólogos que se han centrado en el nivel cultural, en los sistemas normativos de la sociedad. Uno de los que tenía en mente William J. Goode era Parsons, estigmatizado por su determinismo cultural. Goode sugirió que, en lugar de centrarnos en esas fuerzas culturales o normativas, debemos ocuparnos de fenómenos estructurales tales como los sistemas de comunicación, los sistemas de autoridad, las vías de transporte y la disposición física de las viviendas. Peter Blau añadió a esta lista las siguientes grandes estructuras: la estructura de clase, el cambio estructural, la división del trabajo, las asociaciones que estructuran las relaciones sociales, los conjuntos de estatus y roles, las raíces estructurales de la desviación y la rebelión y la interrelación entre entorno, población y estructura social. Además de enumerar estas grandes estructuras nos ofreció también una definición de estructura social: «La estructura social se refiere a las pautas discernibles de la vida social, a las regularidades observadas, a las configuraciones detectadas». Blau también definió la antítesis de la estructura social: «el caos, la ausencia de forma, la conducta humana idiosincrásica que no presenta regularidad alguna y carece, por tanto, de estructura».

Robert K. Merton (1975) defendió abiertamente una aproximación centrada en las estructuras a gran escala. Aunque admitía que este enfoque no daba respuesta a todos los problemas sociológicos, afirmó que era el mejor. De un modo característico, el deseo de Merton era que el trabajo estructural se centrara en el vínculo entre los niveles societal e individual, aunque constató que era la estructura social la que estructuraba las alternativas individuales. En su análisis de la desviación, por ejemplo, Merton afirmó que la estructura social generaba diferentes tasas de conducta desviada. Sin embargo, Merton adoptó por lo general un enfoque más equilibrado sobre la relación entre los niveles societal e individual. Señaló que cada cohorte nueva no sólo entra en una estructura social jamás creada por ella que la constriñe, sino que también suele modificar esa estructura. Las estructuras son alterables y, lo que es más importante, no pueden explicar exhaustivamente todos los aspectos de la vida social.

No es sorprendente que algunos marxistas, como Tom Bottomore, se sintieran atraídos por la sociología estructural. De hecho, Bottomore (citando a Macdonald) ofreció una buena descripción de las realidades estructurales que despertaban el interés de los marxistas:

Me recuerdo a mí mismo una vez caminando por la calle cuando súbitamente miré a los grandes y pesados edificios y me percaté de su obstinada realidad; me di cuenta de que era incapaz de imaginar toda esta recalcitrante masa de materia transformada por el socialismo. ¿Qué aspecto tendrán las calles cuando los trabajadores las tomen? ¿De qué modo podrá la revolución transfigurar estas miles y miles de impenetrables piedras? (Bottomore)

Bottomore no creía que todas las estructuras fueran como rocas impenetrables; sin embargo, no estaba dispuesto a situarse en el otro extremo y a considerarlas como flujos incesantes y amorfos de eventos.

Como buen marxista, Bottomore se esforzó por desarrollar una concepción de las grandes estructuras que admitiera el conflicto y el cambio. En su opinión, debemos describir estas estructuras sin olvidar «el flujo de la acción histórica realizada por individuos y grupos sociales que mantienen, recrean, revisan o destruyen este orden» (Bottomore). La preocupación de Bottomore eran las fuentes de variación de las estructuras sociales. En primer lugar figuraba la circulación de la pertenencia a esas estructuras. Los nuevos miembros que se incorporan a ellas no llegan a socializarse totalmente dentro del grupo como para construir nuevos subgrupos, alterar sus roles, etcétera. En segundo lugar, el aumento del conocimiento y la expansión resultante de la ciencia y la tecnología provocan un continuo cambio estructural. En tercer lugar, los procesos progresivos de diferenciación social conducen a cambios en la estructura social. Las nuevas posiciones y roles conducen a ideas, orientaciones mentales, definiciones sociales e intereses sociales nuevos. Finalmente, existe la posibilidad de cambio dentro de las mismas estructuras y en su influencia sobre la cultura y la conciencia.

c. Teoría estructural de Peter Blau.

La obra de Peter Blau constituye la representación más importante de este «renacimiento» del estructuralismo. Blau ofreció una versión bastante extrema de esta orientación estructural. Y ello se debe a que definió específicamente la tarea de la sociología en términos estructurales: «La tarea más característica de la sociología es el análisis estructural de las diversas formas de diferenciación, de sus interrelaciones, de las condiciones que las producen y los cambios que introducen en ellas y de su influencia en las relaciones sociales». En esta definición Blau eliminó de la sociología, de un modo harto significativo, las variables correspondientes al nivel cultural e individual. Sobre la cuestión de la cultura, Blau especificó: «Soy un determinista estructural que piensa que las estructuras de las posiciones sociales objetivas entre las que las personas se distribuyen ejercen una influencia más fundamental en la vida social que los valores y las normas culturales». El deseo de Blau era analizar las estructuras sociales, pero sin las connotaciones funcionales y culturales del funcionalismo estructural. Además, llegó a ignorar los niveles individuales. Desde su punto de vista, las partes de la sociedad son los grupos o las clases de personas, no los actores y sus pensamientos y acciones. «Lo importante son las estructuras de posiciones diferenciadas y sus influencias sobre las relaciones de los seres humanos, no el análisis exhaustivo de los procesos socio-psicológicos implicados en las relaciones humanas». Blau reconoció la importancia de tales factores, pero afirmó que no los analizaría. Esto significa que hay una limitación inherente en su enfoque: «Con seguridad, estos teoremas son deterministas sólo para los grupos, no para los individuos, para los que son sólo probabilísticos».

Blau pensó que también era necesario distinguir su enfoque del estructuralismo de Lévi-Strauss. Examinó la pretensión de Lévi-Strauss de que en su sistema el concepto de estructura social no guardaba relación alguna con la realidad empírica, sino con los modelos teóricos contruidos a partir de esta realidad. Blau adoptó la postura contraria al afirmar que sus estructuras sociales eran fenómenos sociales reales. Además, mientras Lévi-Strauss creía que las estructuras eran invisibles, Blau afirmaba que constituían «aspectos observables de la vida social, no teorías sobre ella».

Blau también definió el concepto de estructura social como «las distribuciones de la población de acuerdo con diversos parámetros en distintas posiciones sociales que influyen en las relaciones de rol de las personas y en la interacción social». Identificamos dos elementos clave en esta definición: las posiciones y la población. Las posiciones sociales definen las estructuras sociales y, a su vez, se definen de acuerdo con los diversos parámetros implícitos en las distinciones sociales que la gente hace en su interacción social. Entre otros parámetros figuran la edad, el sexo, la raza y el estatus socioeconómico. Blau mantenía que su tesis básica «es que el estudio de las diversas formas de diferenciación

entre las personas, sus interrelaciones, las condiciones que las producen y sus implicaciones, constituye la tarea distintiva de la sociología».

Como se desprende de lo que hemos señalado, a Blau le interesaba tanto la diferenciación como la interrelación de las posiciones sociales. En términos de interrelaciones, Blau creía en la existencia de dos factores que vinculaban las posiciones sociales: primero, las diversas asociaciones sociales entre las personas y, segundo, el proceso de la movilidad social, definido por él, en términos muy generales, como todos los movimientos de personas entre las posiciones sociales.

En su análisis de la diferenciación, Blau subrayó dos principales tipos de parámetros estructurales. El primer tipo, los parámetros nominales, sirve para diferenciar una población sin necesidad de ordenar sus distintos subconjuntos. Cada subconjunto aparece claramente delimitado. Entre los parámetros nominales que analizó Blau se encuentran el sexo y la raza. El segundo tipo, los parámetros estructurales graduales, sirve para diferenciar a las personas de acuerdo con dimensiones relativas al estatus. Las diferencias se manifiestan en términos de gradaciones, y no constituyen líneas divisorias claras entre los subconjuntos (por ejemplo, la renta y la riqueza).

Basados en su diferenciación entre los parámetros, Blau distinguió dos tipos de posiciones sociales, cada uno de los cuales se distingue por un determinado parámetro estructural. Un grupo se define sobre la base de parámetros nominales, mientras un estatus se define sobre la base de parámetros graduados.

A partir de su análisis de los parámetros y las posiciones sociales, Blau desarrolló dos formas genéricas de diferenciación. La primera es la heterogeneidad, que implica la distribución de una población entre varios grupos en términos de los parámetros nominales. La segunda es la desigualdad, que se define por las distribuciones de estatus en términos de los parámetros graduales. Aquí podemos apreciar algunos de los valores de Blau: hay demasiada desigualdad en la sociedad, pero jamás podría existir demasiada heterogeneidad.

Blau explicó con detalle lo que significaban sus parámetros de la estructura social. Y lo explicó distinguiendo lo que no era para él objeto de preocupación y lo que sí lo era. Por ejemplo, no le interesaban los orígenes étnicos de los actores individuales, pero sí la heterogeneidad étnica de la población. No le interesaba la ocupación en sí, pero sí la división del trabajo. En suma, a Blau le interesaban los macrofactores estructurales y no los microfactores actitudinales y conductuales.

Para explicar su enfoque, Blau identificó varias cuestiones problemáticas que podían ser objeto de análisis estructural. Una es la cuestión de la diferenciación y la integración social. A diferencia de Lipset y Parsons, Blau no creía que factores tales como la cultura, los valores y las normas produjeran integración social. Sin embargo, el grado de diferenciación estructural produce integración entre los grupos y los individuos. Los parámetros de Blau, especialmente los parámetros nominales, determinan el grado de integración. En términos generales, la integración se produce cuando un segmento de población tiene un grado alto de semejanza en parámetros tales como la edad, el sexo, la raza, la ocupación y el vecindario. Un alto grado de heterogeneidad tiende a producir barreras a la integración. Sin embargo, cuando la heterogeneidad es demasiado fuerte, las barreras tienden a romperse. Cuando existe un grado suficiente de diferenciación, las personas prefieren asociarse fuera de su grupo a no asociarse en absoluto. De hecho, en la sociedad moderna existen numerosos parámetros nominales que producen una heterogeneidad multiforme, algo que implica que prácticamente todos los individuos pertenecen a una multitud de grupos y tienen múltiples roles. Una estructura así «obliga a las personas a asociarse fuera de sus propios grupos». Esta es la forma más característica de la sociología macroestructural: cómo las estructuras sociales determinan la acción individual.

Blau publicó (1980) una «fábula» con la que trataba de ilustrar su teoría. Describió una nave espacial ficticia donde viajan dos sociólogos entre la tripulación que aterriza en un planeta llamado Stellar SR. Allí encuentran a los «Aytare», unas criaturas vivas que «se asemejan más a las personas que a unos protozoos». Los Aytare, que viven en pueblos pequeños dentro de una isla son todos parecidos excepto en dos cosas. Primera, difieren en su color, siendo unos azules y otros verdes (un parámetro nominal). Y segunda, difieren en su estatura, y miden entre 10 y 30 pulgadas (un parámetro gradual). No se distinguen ni en función del sexo ni de la edad, y el curso del tiempo no hace mella en ellos.

Aunque los habitantes variaban sólo en función de estas dos características, la «Investigación de los sociólogos» descubrió que los pueblos en los que habitan los Aytare variaban en cuatro dimensiones. En primer lugar, los pueblos variaban en función del tamaño de la población. En segundo lugar, la proporción de azules y verdes variaba entre los pueblos; algunos pueblos eran mayoritariamente azules y otros desproporcionadamente verdes. En tercer lugar, los pueblos diferían según la estatura media de los habitantes. Algunos pueblos tenían habitantes relativamente altos;

otros, habitantes relativamente bajos. En cuarto lugar, las diferencias en estatura conducían a la desigualdad entre algunos pueblos en los que la población no era homogénea. «Como la estatura era la única diferencia cuantitativa entre los Aytas, los pueblos habitados por habitantes altos dominaban a los pueblos habitados por bajos; simplemente los aplastaban». En quinto lugar, los pueblos variaban en el grado en el que se relacionaban estatura y color. Algunos pueblos estaban dominados numéricamente por Aytas altos y verdes, otros por bajos y azules. En suma, aunque la población difería sólo en dos características, estas diferencias conducían a otras diferencias en la estructura de los pueblos donde vivían.

Los sociólogos de Blau descubrieron luego que existían otras islas en Stellar 8R y que había más pueblos en cada una de estas islas. Los individuos eran iguales que los de la primera isla descubierta, es decir, variaban sólo en función de su estatura y color, pero estos pueblos variaban en ocho dimensiones. Las primeras cinco eran las mismas que habían identificado en los Aytas de la primera isla. En sexto lugar, aunque la proporción entre azules y verdes en dos o más islas podía ser la misma, podía ser el resultado de proporciones muy diferentes dentro de los pueblos de cada isla. Así, una proporción de uno-a-uno podía ser el resultado de la proporción de uno-por-uno en la mayoría de los pueblos, o también podía deberse a grandes variaciones entre pueblos que tendían a eliminarse mutuamente. En séptimo lugar, Blau subrayó lo mismo por lo que respecta a la estatura. Es decir, la estatura media en una isla podía ser el resultado de que todos o la mayoría de los pueblos de la isla tuvieran una estatura similar, o bien podía resultar que algunos pueblos dominados por Aytas altos habían eliminado a otros dominados por Aytas bajos. En octavo lugar, surgía la misma correlación por lo que respecta a la relación entre color y estatura. De nuevo, podía darse una correlación similar en muchos pueblos, algunos pueblos podían estar habitados fundamentalmente por verdes altos y otros por azules bajos. Así, aunque las características demográficas de dos islas podían ser las mismas, las estructuras ecológicas de los pueblos de las dos islas podían diferir mucho. Lo que más le interesaba a Blau era la influencia de estas diferencias ecológicas (es decir, estructurales) sobre las relaciones sociales. Como Blau señaló: «La composición y la estructura ecológica de los pueblos y las islas influye en las relaciones sociales de los Aytas independientemente de sus preferencias psicológicas».

Blau parte del supuesto de que, por lo general, las personas prefieren asociarse con otras que se asemejen a ellas. Sin embargo, los científicos hipotéticos de Blau descubrieron en algunas ocasiones a Aytas de diferente estatura y color juntos. En su «encuesta» hallaron algunos comentarios interesantes: «Por lo menos tenemos el mismo color, y a mi alrededor no encuentro a nadie de mi misma estatura», «Claro, mi amigo es verde, pero para mí la estatura es más importante que el color». Blau afirmó que las oportunidades que tiene un Aytar de encontrar amigos fuera del grupo se deben a varias realidades estructurales. Por ejemplo, si el tipo de un individuo es poco frecuente en un pueblo y constituye una minoría en él, lo más probable es que ese individuo tenga amigos fuera de su grupo. Si un individuo pertenece a grupos pequeños, entonces las oportunidades de tener amistades fuera del grupo aumentan porque ese individuo tendrá menos individuos con características similares a él entre los que elegir. Finalmente, la intersección de los parámetros tiende a inhibir las elecciones fuera del grupo. Es decir, si la estatura y el color están relacionadas substancialmente (si, por ejemplo, los Aytas verdes suelen ser bajos), la intersección de estos dos factores tiende a provocar que los factores se refuercen mutuamente y a aumentar así las posibilidades de elegir amigos dentro del propio grupo.

La teoría estructural contiene reformuladas muchas de las viejas ideas sociológicas (por ejemplo, de Simmel y Durkheim). Puede cuestionarse el alcance sociológico de la teoría estructural debido a su enfoque exclusivo sobre el nivel estructural macro de la realidad social. Si bien puede parecer que este enfoque exclusivo limita su capacidad explicativa en comparación con algunas de las teorías sociológicas más integradoras, muchos sociólogos la prefieren a otras. Resulta atractiva especialmente para los sociólogos que rechazan los factores subjetivos o los microfactores como preocupación central de la sociología.

La teoría de Blau ha provocado muchos estudios empíricos (Blau, Becker y Fitzpatrick, 1984; Blau, Blum y Schwartz, 1982; Blum, 1984). Por ejemplo, Terry Blum verificó dos hipótesis derivadas de la teoría de Blau: «1) La heterogeneidad étnica fomenta interacciones interétnicas a pesar del predominio de las preferencias por la etnia del grupo al que se pertenece», y 2) «la heterogeneidad religiosa fomenta las interacciones interreligiosas a pesar del predominio de las preferencias por el grupo al que se pertenece». Los resultados de Blum apoyan la teoría de Blau y su premisa más general de que «la estructura macrosocial ejerce constreñimientos sobre la interacción interpersonal proporcionando o limitando las oportunidades a estas interacciones».



Peter Blau nació el 7 de febrero de 1918 en Viena, Austria. En 1939 emigró a los Estados Unidos y en 1943 obtuvo la ciudadanía de este país. En 1942 se graduó en el relativamente poco conocido Elmhurst College de Elmhurst, Illinois. Sus estudios se vieron interrumpidos por la Segunda Guerra Mundial; se enroló en el Ejército de los Estados Unidos y le concedieron la Estrella de Bronce. Tras la guerra retomó sus estudios, terminó su carrera y se doctoró por la Universidad de Columbia en 1952. Blau recibió un gran reconocimiento en sociología por sus contribuciones al estudio de las organizaciones formales. Sus estudios empíricos sobre las organizaciones y sus libros sobre las organizaciones formales aún siguen citándose en esta especialidad, y en la actualidad continúa contribuyendo a este campo. También se destaca por un libro que escribió junto a Otis Dudley Duncan, *The American Occupational Structure* [La estructural ocupacional de los Estados Unidos], por el que ganó el prestigioso Premio Sorokin de la Asociación Americana de Sociología en 1968. Esta obra constituye una importante contribución al estudio sociológico de la estratificación social. Si bien es famosa su amplia obra, el trabajo de Blau que más nos interesa en este libro es su

contribución a la teoría sociológica. Lo que más destaca de esa contribución es su aportación a dos orientaciones teóricas diferentes, tal y como se refleja en el modo en que hemos analizado su obra en el presente libro. Como vimos en el Capítulo 7, su libro de 1964 *Exchange and Power in Social Life* [Intercambio y poder en la vida social] constituye un componente esencial de la teoría del intercambio contemporánea. La principal contribución de este libro a esta teoría fue tomar la teoría del intercambio, en lo fundamental una teoría micro, e intentar aplicarla a cuestiones macro. Si bien su esfuerzo presenta notables puntos débiles, constituye un importante intento de integrar teóricamente las cuestiones sociológicas macro y las micro. En los últimos años Blau se ha situado a la cabeza de la teoría estructural. Durante el tiempo que presidió la Asociación Americana de Sociología (1973-1974), hizo de esta teoría el tema central de la reunión anual de la asociación. Desde entonces ha publicado varios libros y artículos para clarificar y desarrollar la teoría estructural. ◀

d. Teoría de redes

Otro enfoque estructural de la sociología moderna es la teoría de redes. Aunque constituye una variedad de estructuralismo, está menos vinculada con los desarrollos externos analizados anteriormente y más a planteamientos propios de la sociología. Así, aunque los teóricos de redes se ocupan de «las estructuras profundas», sus estructuras guardan más relación con las estructuras sociales de la sociología tradicional que con, por ejemplo, las estructuras mentales de Lévi-Strauss. En concordancia con la relación de la teoría con la corriente principal de la sociología, a los teóricos de redes les interesa menos filosofar sobre las estructuras y mucho más el estudio metodológico, riguroso, empírico, e incluso matemático, de los diversos tipos de redes.

Los analistas de redes se afanan por diferenciar su enfoque de los enfoques sociológicos que Ronald Burt calificó de «atomistas» y «normativos». Las orientaciones sociológicas atomistas se centran en unos actores que toman decisiones por sí mismos sin contar con otros actores. En términos generales, se centran en los «atributos personales» de los actores (Wellman, 1983). Los enfoques atomistas son rechazados porque son demasiado microscópicos e ignoran los vínculos entre los actores. Como Barry Wellman señaló: «Explicar los motivos de los individuos constituye una tarea que corresponde a los psicólogos». Esto, por supuesto, sugiere un rechazo de las diversas teorías sociológicas que se centran de una u otra manera en los motivos: el interaccionismo simbólico, la sociología fenomenológica, la sociología existencial, la teoría weberiana, la teoría de Schutz, y otras teorías.

En opinión de los teóricos de redes, los enfoques normativos se centran en la cultura y el proceso de socialización mediante el cual se internalizan en los actores las normas y los valores. Desde la perspectiva normativa, lo que mantiene a las personas unidas son conjuntos de ideas comunes. Los teóricos de redes rechazan esta idea y afirman que lo que debe estudiarse son las pautas objetivas de los lazos que vinculan a los miembros de la sociedad. He aquí la opinión de Wellman sobre esta perspectiva:

El deseo de los analistas de redes es estudiar las regularidades del modo en que las personas y las colectividades se comportan, y no las regularidades de las creencias sobre el modo en que deben comportarse. Por esto los analistas de redes intentan evitar las explicaciones normativas de la conducta social. Califican de no estructural cualquier explicación

que analiza el proceso social como la suma de los atributos personales de los actores individuales y de las normas internalizadas. (Wellman, 1983)

Así, los teóricos de redes rechazan una buena parte del funcionalismo estructural, el determinismo cultural de Parsons, el acento durkheimiano en la conciencia colectiva, el interés simmeliano por la cultura objetiva y subjetiva, la preocupación del teórico crítico por la cultura, etc.

Una vez especificado qué es lo que no le preocupa, la teoría de redes clarifica su interés primordial: la pauta objetiva de los lazos que vinculan a los miembros (individuales o colectivos) de la sociedad. Veamos cómo expresa Wellman esta preocupación:

Los analistas de redes parten de la simple, pero poderosa noción de que la principal tarea de los sociólogos es estudiar la estructura social... El modo más directo de estudiar una estructura social es analizar la pauta de los lazos que vinculan a sus miembros. Los analistas de redes buscan las estructuras profundas, los modelos regulares de redes que se encuentran debajo de la frecuentemente compleja superficie de los sistemas sociales... Se considera que los actores y su conducta están constreñidos por estas estructuras. Por tanto, la preocupación es el constreñimiento estructural, no los actores voluntaristas. (Wellman)

Un aspecto distintivo de la teoría de redes es que analiza una amplia variedad de estructuras micro y macro. Es decir, desde el punto de vista de la teoría de redes, los actores pueden ser personas, pero también pueden ser grupos, corporaciones y sociedades. Los vínculos pueden establecerse en el nivel socioestructural macro, así como en los niveles más microscópicos. Mark Granovetter describe estos vínculos en el micronivel como una acción «engastada» en «relaciones personales concretas y estructuras (o "redes") de tales relaciones». Una idea fundamental común a cualquiera de estos vínculos es que todo «actor» (individual o colectivo) tiene un acceso diferencial a recursos valiosos (riqueza, poder, información). El resultado es que los sistemas estructurados suelen estar estratificados y tener algunos componentes que dependen de otros.

Un aspecto central del análisis de redes es que tiende a alejar a los sociólogos del estudio de los grupos y las categorías sociales y acercarlos al estudio de los lazos entre unos actores que no están «suficientemente relacionados y unidos como para constituir grupos determinados». Un buen ejemplo de esta idea es el trabajo de Granovetter sobre «la fuerza de los lazos débiles». Granovetter distingue entre los «lazos fuertes», por ejemplo, los vínculos entre las personas y sus mejores amigos, y los «lazos débiles», por ejemplo, los vínculos entre los que simplemente han sido presentados. Los sociólogos han tendido a analizar a la gente que mantiene lazos fuertes o grupos sociales. Han tendido a asignar importancia a los lazos fuertes y a considerar triviales los lazos débiles. La contribución de Granovetter es explicar la gran importancia que pueden tener los lazos débiles. Por ejemplo, los lazos débiles entre dos actores pueden servir como puente entre dos grupos con fuertes lazos internos. Sin este lazo débil, los dos grupos estarían totalmente aislados. Esto, a su vez, podría conducir a un sistema social más fragmentado. Un individuo que careciera de lazos débiles se encontraría a sí mismo aislado dentro de un grupo apretadamente tejido y no dispondría de información sobre lo que pasa en otros grupos y en la sociedad. Los lazos débiles, por tanto, evitan el aislamiento y permiten a los individuos estar más integrados en la sociedad. Aunque Granovetter acentúa la importancia de los lazos débiles, se apresura a especificar que «los lazos fuertes también son importantes». Por ejemplo, las personas que mantienen lazos fuertes tienen mayor motivación para ayudarse mutuamente y están más disponibles unas para otras.

La teoría de redes es relativamente nueva y aún no está totalmente desarrollada. Como Burt afirmó: «Actualmente existe una vaga asociación entre diversos enfoques llamados análisis de redes». Sin embargo, está en proceso de desarrollo, tal y como lo muestra la cantidad de artículos y libros que se están publicando desde la perspectiva de la teoría de redes, y el hecho de que hay ya una revista dedicada a ella (Social Networks). Aunque tal vez se trate de una difusa amalgama de trabajos, la teoría de redes parece basarse en un conjunto coherente de principios (Wellman).

Primero, los vínculos entre los actores suelen ser simétricos tanto por lo que respecta al contenido como a la intensidad. Los actores se proporcionan mutuamente diversas cosas y lo hacen con mayor o menor grado de intensidad. Segundo, los vínculos entre los individuos se deben analizar dentro del contexto de la estructura de las grandes redes. Tercero, la estructuración de los vínculos sociales conduce a una diversidad de tipos de redes no aleatorias. Por un lado, las redes son transitivas: si existe un vínculo entre A y B y entre B y C, es probable que A y C estén vinculados; lo más probable es que exista una red que implique a A, B y C. Por otro lado, existen limitaciones a la cantidad de vínculos que pueden existir y su grado de intensidad. Lo más probable es que se desarrollen conglomerados de redes con distintas fronteras que los separan. Cuarto, la existencia de conglomerados conduce al hecho de que puedan existir vínculos

cruzados entre los conglomerados y entre los individuos. Quinto, pueden existir vínculos asimétricos entre los elementos de un sistema, a resultas de lo cual los recursos escasos están diferentemente distribuidos. Finalmente, la distribución desigual de los recursos escasos conduce tanto a la colaboración como a la competencia. Algunos grupos se unen para adquirir recursos escasos conjuntamente, mientras otros compiten y entran en conflicto. Estas ideas confieren a la teoría de redes una naturaleza dinámica, ya que la estructura del sistema cambia conforme a las pautas cambiantes de la coalición y el conflicto.

Podemos terminar este apartado sobre la teoría de redes analizando un estudio reciente que nos muestra su orientación teórica distintiva. Mizruchi se ha ocupado de la cuestión de la cohesión de las corporaciones y su relación con el poder. Afirma este autor que históricamente se han dado dos definiciones diferentes de cohesión. La primera, o perspectiva subjetiva, sostiene que «la cohesión es una función del sentimiento de identificación de los miembros del grupo con su grupo, en particular del sentimiento de que sus intereses individuales están ligados a los intereses del grupo». Esta definición acentúa el sistema normativo, y la cohesión se produce ora mediante la internalización del sistema normativo, ora debido a la presión ejercida por el grupo. La segunda, la perspectiva objetiva, señala que «la solidaridad puede ser considerada como un proceso objetivo observable independiente de los sentimientos de los individuos». Dado su compromiso con la teoría de redes, huelga decir que Mizruchi se inclina por la perspectiva objetiva de la cohesión.

Mizruchi cree que la semejanza entre las conductas no sólo se debe a la cohesión, sino también a lo que él llama equivalencia estructural: «Los actores estructuralmente equivalentes tienen relaciones idénticas con otros actores en la estructura social». Así, la equivalencia estructural existe, por ejemplo, entre corporaciones, aun cuando no exista comunicación entre ellas. Se comportan del mismo modo porque mantienen una relación idéntica con otra entidad de la estructura social. Mizruchi concluye que la equivalencia estructural desempeña un papel tan importante como la cohesión en la explicación de la semejanza entre las conductas. Mizruchi asigna mucha importancia a la equivalencia estructural que, después de todo, implica una red de relaciones sociales.

Resumen

En este capítulo examinamos una serie de teorías sociológicas estructurales. En primer lugar analizamos el estructuralismo en su variante principalmente francesa. En este apartado estudiamos las raíces del estructuralismo en la lingüística, sobre todo en la distinción de Saussure entre la langue y la parole. Dedicamos considerable atención al estructuralismo antropológico de Lévi-Strauss. Si bien este pensador utiliza las estructuras de varias y diferentes maneras, su énfasis en la estructura de la mente es de suma importancia. A continuación analizamos el marxismo estructural. La principal preocupación de los marxistas estructurales la constituyen las grandes estructuras fundamentales de la sociedad: la política, la ideológica y, especialmente, la económica. Mientras estos marxistas se centran en el análisis de las macroestructuras, la preocupación principal de Lévi-Strauss eran las microestructuras de la mente. Si bien las ideas del estructuralismo francés son importantes, han de salvar poderosas barreras para recibir más aceptación por parte de la corriente principal de la sociología.

En muy buena medida el estructuralismo ha sido suplantado recientemente por el posestructuralismo. El posestructuralismo se define como un movimiento de retirada del interés excluyente y tenaz por la estructura; se define también por la utilización de ideas teóricas diversas. Estudiamos en este apartado las teorías del posestructuralista más importante, Michel Foucault. Aunque su obra temprana tiende a centrarse en las estructuras, sus trabajos maduros examinan una amplia serie de fenómenos sociales. Además, puede apreciarse en su obra la influencia de una creciente variedad de perspectivas teóricas. Foucault nos ofrece un cuerpo rico y variado de trabajo que ha influido y seguirá influyendo en la sociología en los años venideros. También analizamos el antiestructuralismo, especialmente reflejado en la sociología existencial y en la teoría de sistemas. Los estructuralistas rechazaron el interés de la sociología existencial por el actor, la conciencia y el humanismo. Sin embargo, estas perspectivas arrojan luz sobre la debilidad del estructuralismo a la hora de analizar al actor. El carácter integrador, relacional y procesual de la teoría de sistemas pone de manifiesto la debilidad del estructuralismo, al que se opone radicalmente.

Analizamos finalmente tres variantes sociológicas sobre el mundo social que emplean un enfoque estructural. En primer lugar, examinamos el estructuralismo de Goffman, especialmente su análisis estructural, que presenta importantes semejanzas con el estructuralismo francés. En segundo lugar, analizamos la teoría estructural, fundamentalmente la de Peter Blau. La teoría sociológica estructural rechaza abiertamente el interés del

estructuralismo por las estructuras invisibles. Mientras el estructuralismo importó ideas de otros campos, la teoría estructural regresa a las tradicionales raíces durkheimianas en el estudio de los hechos sociales materiales. En tercer lugar, examinamos la teoría de redes. Esta teoría está orientada al análisis de las estructuras sociales fundamentales, pero guarda una estrecha relación con la corriente principal de la sociología, y puede encontrarse abundantemente en estudios empíricos altamente sofisticados de las redes sociales que cubren el mundo social.